BOLSILIBROS BRUGUERA

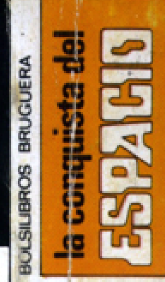
la conquista del ESPACIO

AVENTUREROS EN EL PLANETOIDE

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

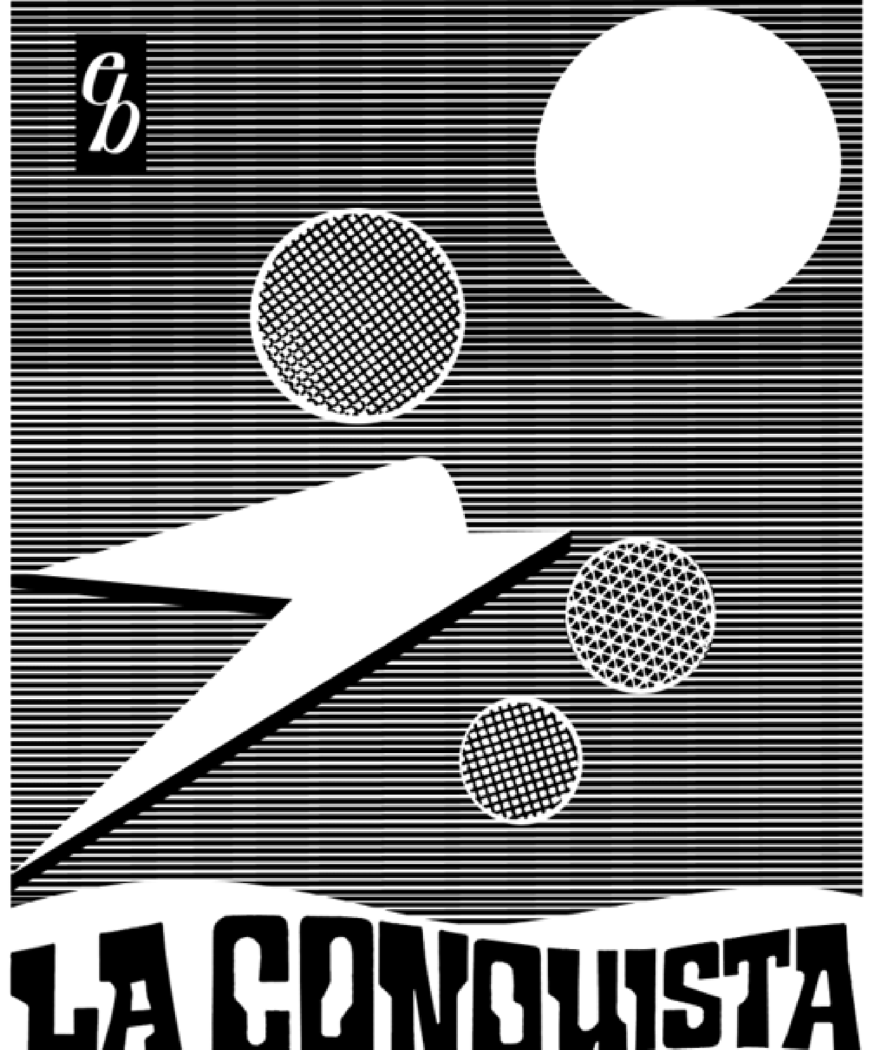




AVENTUREROS EN EL PLANETOIDE

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

RALPH BARBY

AVENTUREROS EN EL PLANETOIDE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 401

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 3.725 – 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: abril, 1976

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajesy entidades privadasqueaparecenenesta novela,asícomolas situacionesdela misma,sonfruto exclusivamente de la imaginacióndelautor, por lo que cualquier semejanzaconpersonajes,entidadeso hechos pasados oactuales, serásimplecoincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallés (N-152 Km 21.650) — Barcelona —

ULTIMASOBRASPUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

396— *Made in Marte,* Adam Surray

397— *Galaxias enemigas,* Curtís Garland

398— *Las amazonas de Sirox,* Joseph Berna

399— *Fórmula para disolver planetas,* Glenn Parrish

400— *El regreso del Más Allá,* Keith Luger

CAPITULO PRIMERO

—¡Marx, Marx! ¿Me oyes?

El astronauta Cugan estaba pegado al fuselaje de la nave espacial con sus botas de supervivencia imantadas. Con una mano cogía la antena foco-giratoria.

—Sí, Cugan, ¿qué diablos te pasa?

Marx Fisal estaba dentro de la nave en la cabina de control, recostado en una vieja butaca anatómica, con los pies sobre el panel de controles.

—Pero, ¿me oyes, Marx? —insistía desde el exterior, casi gritando dentro de su yelmo espacial, casi ensordeciéndose a sí mismo.

—Pues, claro que te oigo. ¿Qué cuernos te pasa?

—Que la antena está atascada, por eso no captamos bien.

—¿De veras está atascada?

—Pues claro. Parece que el aceite que le pusimos en los rodamientos se ha congelado.

—Eso nos pasa por comprar barato.

—Ya le dije a aquel tipo del almacén que este aceite de lubricación exterior no nos iría bien.

—¿Y por qué diablos lo compraste?

—Porque no tenía más crédito y tú lo sabes, Marx, no te hagas el idiota ahora.

—¿Y no había otra solución?

—Sí, la había.

—¿Cuál?

—Que instaláramos una resistencia que mantuviera el aceite siempre calentito.

—¿Y por qué no se la pusiste?

—Marx, si no estuviera aquí afuera, metido en el traje, te daba un puntapié en un lugar que ya sabes. ¿Es que todo me lo voy a cargar yo? ¡Por todos los diablos, maldito el día qué me hice tu socio!

—Deja de gruñir y pon la antena enfocada a nuestro destino, ya sabes, el planetoide AP-16.

—¡Si no funciona, ya te lo he dicho, está atascada! —bramó Cugan, desgañitándose.

—Eso nos ocurre por tener una nave que es un cacharro. Acuérdate de que lo que gane en la próxima timba de póquer lo invierta en reparaciones.

—Marx, si estás de guasa, yo abandono, me voy a la litera y me avisas cuando lleguemos al planetoide.

—No te pongas tonto, Cugan. Anda, coge la antena con tus manazas, yo te iré dando la dirección y la enfocas a mano. Después de todo, nuestro rumbo espacial es ahora rectilíneo hasta el objetivo.

—Está bien —resopló— pero con este trasto yo no viajo más, palabra. Cuando me haga con un paquete de explosivos, se lo meto en las toberas y "pum", se acabó, ya no viajaremos más en semejante cacharro.

—Dime entonces en qué viajarás después, como no sea de turista —le replicó sarcástico Marx Fisal, que en realidad era un aventurero del espacio lo mismo que Cugan.

Eran dos amigos que para llevar una nave espacial se complementaban, ya que Cugan tenía mucha experiencia técnica de mantenimiento y electrónica y Marx Fisal procedía de las flotillas espaciales de combate de la Confederación Terrícola.

Había escogido la libertad después de tener algunos roces más o menos violentos con sus superiores. Marx era de esa clase de individuos terrícolas que a lo largo de la historia de las civilizaciones no había aceptado nunca bien la disciplina; en el fondo, era un ácrata, pero lo mismo él que otros personajes de características similares, poseía una gran fuerza individual de lucha, de autorresolución, de supervivencia.

Donde podían sucumbir muchos hombres organizados

en colectivos, tipos comoMarx resistían y supervivían. Era de la

clase de seres que ante las dificultades servían para perpetuar la especie y parecía como si las mujeres se dieran cuenta de ello porque sentían una especial predilección hacia ese tipo de hombres, aunque luego, una vez captado y matrimoniado, le exigieran seguridad y confort, algo que los hombres como Marx, les reventaba. Cugan no llegaba a tanto, pero era un excelente compañero y creía en Marx, aunque hasta aquel momento no habían conseguido la fortuna que andaban buscando. Sin embargo, sabía que junto a Marx no pasaba una vida monótona. Había muchos momentos de dificultades, pero cuando se divertían lo hacían a lo grande.

—Cinco grados más a estribor.

—¡Ya, ya voy! —gruñó Cugan con la cabeza embutida dentro de su yelmo mientras forcejeaba con la antena focal, que con el aceite endurecido por la congelación se resistía a girar.

—¡Ya está!

—Espera, veré qué tal recibo la emisión de la colonia del planetoide AP-16.

—¡Marx, Marx, que yo pueda oír la emisión mientras tú miras el oscilógrafo telecomunicativo!

—De acuerdo.

Al fin, captaron la señales de ajuste emitidas por la colonia del planetoide AP-16.

—¿Te parece bien así, Marx?

—Perfecto, Cugan, ya puedes regresar a bordo.

Cugan, cansado por los esfuerzos realizados con la antena atascada, quiso soltar un taco, pero se calló, tragándoselo. Paso a paso avanzó por el fuselaje en busca de la escotilla de acceso a la nave. El cielo se veía plagado de estrellas, todo parecía quieto e inmóvil en el cosmos, ni siquiera la nave espacial de Marx Fisal y Cugan semejaba moverse. Era como un universo estático, un universo de fotografía, cuando la realidad era todo lo contrario.

Lo mismo la nave que los planetas, estrellas, cometas, asteroides y planetoides, se movían a grandes velocidades siguiendo las leyes del cosmos, leyes que sólo rompían los seres inteligentes brotados sobre la superficie de algunos planetas como corpúsculos revoltosos que con su

ciencia, con su técnica, lograban despegarse de la corteza de sus respectivos mundos para saltar al , espacio con sus naves y viajar a otros planetas como estaban haciendo en aquellos momentos Fisal y Cugan, como hacían los hombres de Karon, el distante y enigmático planeta, y también las hijas de Venus, mujeres de ascendencia terrícola que habían conseguido instalarse en Venus y reproducirse con métodos secretos que no confiaban a los terrícolas. Aquellas mujeres habían llegado a la conclusión de que mezcladas con los hombres jamás llegarían a la igualdad total y habían optado por alejarse y vivir solas como grupo y especie bien definida, mujeres que parecían tener mucho que ver con las míticas amazonas.

—¿Te has cansado mucho?

—¡Al diablo!

—Anda, túmbate y descansa un poco —le sugirió Marx, indolente.

Aquellos viajes tan largos por el espacio sideral se le hacían aburridos e interminables, ya que tripulaba una nave que de velocidad de crucero no llegaba a la media de una nave espacial de turistas.

Era como viajar en mula en vez de hacerlo en un buen caballo para buscar un símil con tiempos ya casi olvidados, tiempos que sólo se podían recordar gracias a las videotecas, pues para ver un mulo o un caballo en el planeta Tierra había que recurrir a los parques zoológicos, pues en estado natural ya no existían.

Tras quitarse el traje espacial, Cugan se tumbó en su litera habiéndose provisto ya de un bote de cerveza que bebiócon avidez.

Se habían inventado muchas bebidas nuevas, pero la cerveza (que ya tomaban los egipcios milenios atrás) o el whisky escocés, también con muchos siglos de historia, no habían sido superados por los bebedizos sintéticos y asépticos que tenían gusto artificial.

—¿De veras crees que encontraremos algo rentable en el planetoide AP-16, Marx?

—Un pajarito me dio el soplo de que allá pueden encontrarse muchas cosas rentables. El planetoide AP-18 es un poco especial. Por los últimos estudios científicos realizados, al parecer sufrió la colisión de un astro ígneo como una estrella miniatura que en realidad era todo gases en combustión atómica. Envolvió al planeta y Jo elevó a grandes temperaturas, produciéndose en consecuencia una variación de presiones. Después, el planeta recuperó su temperatura y existen

grandes posibilidades de encontrar yacimientos diversos.

—Sí, eso ya lo sé, pero no somos los únicos aventureros espaciales que se han fijado en el planeta AP-16.

—Pero no todos disponen de naves propias para ir a investigar. Nosotros tenemos un cacharro, es verdad, pero no deja de ser un medio de transporte y de carga. Si tuviéramos suerte, compraríamos una nave como la mejor que pueda cruzar los espacios siderales.

—Pero, allí están los hombres de Karon y también las hijas de Venus.

—Sí, ya lo sé, pero hay leyes. No tengas miedo, no nos quedaremos sin nuestra parcela; además, está la colonia y ya sabes que en esta clase de colonias ubicadas en planetas inhóspitos y alejados hay diversiones y juego.

—No estarás pensando en montar un local de juego en vez de buscar yacimientos de lo que sea, pero que den buen rendimiento.

—En principio, buscaremos un buen yacimiento de oro, diamantes, lo que sea, pero si no tenemos suerte habrá que jugar póquer aunque sólo sea para pagar el combustible de este cacharro para el regreso.

—Si eso ocurre, no cuentes conmigo.

—¿Me vas a abandonar, Cugan? —preguntó Marx con sorna.

—Palabra que sí. Habrá naves con déficit de tripulación y un buen ingeniero de mantenimiento siempre puede encontrar un lugar.

—No seas bocazas. ¿Está buena la cerveza?

—Sí, no está mal, pero no quedan muchos botes.

—No te apures, en menos de veinte horas habremos llegado al planetoide AP-16.

—¿Y allí nos darán crédito? —preguntó Cugan muy escéptico.

—Supongo que sí. Somos buscadores de fortuna y en este cacharro podemos cargar una buena cantidad de mineral.

— No te hagas tantas ilusiones, Marx, sólo tenemos un *hovercraft* y una pequeña excavadora.

—Saldremos adelante.

—Otros llegan al planetoide con mucho material para trabajar.

—Oye, ¿es que estás dispuesto a aguarme este trabajo? Mira, tenemos explosivos nucleares controlados para hacer los agujeros que hagan falta y disponemos de cañones ultrasónicos para abrir minas.

—Pero nuestro *hovercraft* es poco vehículo para cargar; cuatro plazas y cien kilos, máximos ciento cincuenta, de carga accesoria. ¿Crees que con eso tendremos suficiente?

—Pues ya pediremos un vehículo de carga prestado aunque nos cueste pagarlo. Si es rentable…

—Está bien, está bien, tú tienes palabras para solucionarlo todo, luego ya veremos. Creo que habría sido mejor alistarme en las milicias legionarias espaciales.

—Ahora no tendrías posibilidad de ir a ningún centro de diversión, te lo digo yo. Te pasarías millares de horas de vuelo por ahí; eso sí, cuando regresaras todo canoso tendrías buenos ahorros que no habrías podido gastar en parte alguna y te comprarías un hábitat en la Tierra para disfrutar de tu vejez. Ya me contarás algún día qué "significa eso de disfrutar de la vejez", porque yo aún no lo entiendo. Para disfrutar la vida hay que estar en pleno vigor.

—Sí —Cugan chasqueó la lengua con el sabor de cerveza impregnándole todo el rostro, ya que le había rezumado por las comisuras de los labios—. En eso te doy la razón, Marx. Hacer de mulo toda la vida para tener la vejez tranquila no es solución. ¿Y si pasamos una película de sexystars para distraernos?

—Buena idea, este cacharro sigue su rumbo solito.

—Pues anda, por lo menos disfrutaremos ahora como los viejos, mirando. ¡Je, je!

Cugan movió un resorte y el respaldo de su butaca anatómica se echó hacia atrás. Marx apagó las luces generales dejando sólo encendidas las de los paneles y después pulsó varios botones. En la pantalla grande, tras iluminarse en color y tridimensionalmente, con incorporación musical, apareció una despampanante chica haciendo *striptease.*

CAPITULOII

Irka tuvo la sensación de que se había perdido en el interior de las grutas del planetoide AP-16.

El subsuelo estaba lleno de galerías que se intercomunicaban formando un laberinto natural. En aquel lugar debían haberse producido grandes presiones y las oleadas térmicas habían hecho brotar magma en cantidades masivas, formando volcanes múltiples.

Las entrañas del planetoide habían escupido hacia el exterior su contenido ígneo a través de aquellas galerías abiertas a fuerza de presión y calor fundente. No era Ja única área del planetoide donde abundaban las grutas de origen natural; el mismo corazón de la colonia había aprovechado estás galerías y salas subsolares para instalarse con comodidad, huyendo de los rayos ultravioleta que azotaban el planetoide en las horas diurnas, ya que después de sus cataclismos había perdido la capa protectora de ozono. Los rayos ultravioleta habían exterminado toda la vida orgánica de la superficie, aunque se sabía que subsistían algunas especies de vegetales y animales que vivían en el subsuelo, auténticos supervivientes del cataclismo sufrido por él planetoide al recibir la colisión de la diminuta estrella errante.

Irka manejó su transmisor de corto alcance.

—Altea, Altea... ¿Me oyes? —Esperó y luego insistió—: Altea, Altea, ¿me escuchas? Soy Irka...

Como respuesta sólo recibía una amalgama de extrañas interferencias, que ya estaban irritando a Irka, un espléndido ejemplar de hembra hija de Venus.

Molesta e intuyendo que no conseguiría comunicar con su compañera Altea, se colgó el transmisor de su amplio cinturón y siguió avanzando por las grutas, iluminándose gracias a la luz de gran potencia incorporada a su yelmo que gracias a un cristal le protegía bien el rostro. Ningún ser vivo podía exponerse a los rayos ultravioleta de la superficie sin riesgos de rápidas y profundas quemaduras. Por ello, lo mismo las hijas de Venus que los karonícolas o los terrícolas debían ir protegidos con trajes completos, yelmo incluido, que hacían de barrera a los asesinos rayos ultravioleta. Estos trajes para moverse por el planetoide AP-16, estaban lejos de ser tan pesados, incómodos y voluminosos como los de supervivencia en el espacio. En consecuencia, el traje quedaba como un mero uniforme en el que se

incluían botas, guantes y yelmo. El color del atuendo de Irka era de un cobre brillante y no podía negarseque era mujer, pues sus senos grandes y turgentes quedaban marcados en la tela de toque casi metálico.

Lamentó haberse arriesgado en exceso. No había tomado las necesarias precauciones de señalización y ahora no estaba muy segura de por donde debía ir, máxime cuando aparecían varias galerías ante ella y tenía que decidirse. Irka estaba muy lejos de ser una mujer miedosa. Avanzaba sola por él subsuelo, por aquellas grutas que tenían algo de legendario averno y no sentía miedo, pero sí estaba irritada porque no sabía qué dirección debía tomar para volver a "salir a la superficie y reunirse con su compañera Altea.

Se sintió cansada después de caminar y caminar, pero no se sentó y siguió avanzando cuando tuvo la impresión de que no era el único ser vivo que existía en aquella gruta. Sintió un ligero escalofrío. Movió la cabeza de modo que la potente luz abarcara los lugares más recónditos cuando, de pronto, se escuchó un chillido que debido a los ecos sonó espeluznante.

Por primera vez, Irka tuvo miedo. No llevaba armas consigo y había oído hablar de que existía la posibilidad de que algunos extraños seres hubieran supervivido a los cataclismos del planetoide, mas nadie sabía nadaconcreto respecto a esos posibles seres que más parecían producto de una invención que de otra cosa.

Decidió no seguir avanzando y retrocedió. Lo hizo aprisa porque aún resonaban dentro de su cerebro aquellos alucinantes chillidos que la obligaban a retroceder. Al fin, vio luz natural y se dirigió hacia ella. El camino de aquella galería era muy ascendente e Irka estaba segura de que por ella no había pasado, mas lo que importaba era que diera al exterior.

Avanzó entre rocas haciendo caer algunas y al fin, casi escalando, agarrándose con sus manos enguantadas, llegó a la salida.

Ya al aire libre, bajo los rayos ultravioleta que todo lo quemaban, respiró tranquila.

Observó a su alrededor: rocas, colinas escarpadas, el área volcánica. Aquella era la parcela que les había sido otorgada a Altea y a ella para buscar yacimiento de posible interés.

De pronto, a lo lejos divisó a su amiga Altea y tuvo deseos de gritar, pero comprendió que con su voz no sería suficiente y tomó el

transmisor. Antes de que abriera la conexión, Altea echó a correr, pero de detrás de unas rocas brotó un rayo luminoso que alcanzó a la hija de Venus que quedó convertida casi en una bola de fuego.

Irka parpadeó atónita ante lo que creía una pesadilla mientras Altea se consumía. Después, el color rojo blanco de fuego fue desapareciendo y en el suelo sólo quedaron unas cenizas y algo de metal fundido.

Irka no llegó a pulsar el transmisor. Al poco, vio aparecer a unos seres que se acercaron a las cenizas; iban armados con fusiles láser.

"Los seres de Karon", dijo para sí Irka que se agachó para no ser descubierta, pues ahora ya sabía de lo que podían ser capaces los que acababan de reducir a Altea a cenizas.

Se arrastró entre rocas y pasó a un pequeño montículo desde el que divisó su *hovercraft* nuclear.

Los seres de Karon, que a su vez también lo habían descubierto, dispararon contra él. La bola de fuego fueimpresionante, pero poco a poco se fue consumiendo hasta quedar reducido a cenizas y metal fundido.

Mas, aquello no pareció bastar a los seres de Karon, embutidos en sus trajes que como a los terrícolas o a las hijas de Venus, les preservaban de los rayos ultravioleta. Uno de ellos, provisto de un extraño cañón de boca ancha, pulsó un botón y semejó crear una tempestad en remolino sobre los restos del destruido *hovercraft.*

Tierras, cenizas e incluso algunas rocas de pequeño tamaño se elevaron por el aire formando una especie de tornado que se movió de un lado a otro bajo la atenta mirada de los seres de Karon hasta que se fue diluyendo y ya no quedó ni rastro. Allí no parecía haber sucedido nada. Habían barrido las huellas, las cenizas de su acción exterminadora, de su crimen.,

—Altea, Altea —repitió Irka que había perdido a su compañera.

Vio como los seres de Karon se dirigían hacia una entrada de la gruta y comprendió que iban a buscarla a ella y que posiblemente en cuanto la encontraran la eliminarían como a su compañera y después, la bombardearían con aquel creador de tempestades de tierra y rocas.

Sus cenizas se disolverían para que ya jamás nadie pudiera encontrarlas, ni siquiera supieran lo que le había ocurrido.

Comenzó a alejarse entre las rocas, no debía dejarse encontrar. Tenía que huir y no podía utilizar su transmisor pidiendo socorro porque quienes primero la escucharían serían los seres de Karon que estaban cerca de ella. Tenía que marchar a pie, sin agua, sin comida, sin un vehículo que pudiera transportarla y, lo que era peor, sin poder pedir ayuda.

Tras caminar casi tres horas entre lugares inhóspitos, se detuvo a descansar.

Tenía sed, mucha sed y también debía estar hambrienta, esto no lo notaba pero sí se sentía mareada.

Se enfrentó a una gran llanura desértica. Todo estaba desierto, pero cuando se enfrentaba a una llanura arenosa, lo desierto tomaba una dimensión más inhóspita y feroz aún. Había dejado atrás peñascos y gargantas. Por aquel área no había ningún río o manantial donde poder beber. Sabía que en el momento menos esperado podía aparecer uno Je los vehículos de los seres de Karon y allá donde la encontraran, la desintegrarían. Optó por esconderse entre unas rocas y dejar pasar aquel espacio de tiempo que faltaba para llegar a la noche.

Como temía, escuchó el silbido de uno de los vehículos y luego otro. Se apretujó contra las rocas y vio pasar a dos *hovercraft* de los seres de Karon que se alejaban hacia el desierto. Tuvo la certeza de que la estaban buscando.

Pasado el peligro momentáneo, aunque temía que pudieran regresar batiendo toda el área para buscarla, sacó su brújula tratando de orientarse, más la brújula semejaba estropeada. Irritada, casi desesperada, la tiró al suelo y abrió el canal de larga distancia de su transmisor-receptor para captar la emisión radial que la colonia mantenía siempre abierta.

Se orientó gracias a la antena que automáticamente y para mejor receptar la emisión, se orientaba en dirección a la colonia que en aquellos momentos emitía música culta, Al fin, las tinieblas de la noche del planetoide AP-16 se habían adueñado de todo, unas tinieblas absolutas, ya que no poseía satélite natural como sí lo tenía la Tierra.

Se había llegado a decir que si la explotación del planetoide interesaba lo suficiente, sería colocado un satélite artificial que iluminara las tenebrosas noches de AP-16.

Segura de que si volvían los *hovercraft* de los seres de Karon ella los

descubriría, encendió la luz de su yelmo dándole escasa potencia y decidió internarse en el desierto que tenía que cruzar antes de que apareciera el nuevo día.

Irka se daba cuenta ahora de la distancia real que la separaba de la colonia y lo que más la desesperaba era el no poder utilizar su transmisor para pedir ayuda. Debía haber hijas de Venus en otra parte y también terrícolas, quizá seres de Karon que a lo mejor nada tenían que ver con los que ella viera exterminado a Altea; mas, no podía arriesgarse y de esta forma siguió avanzando, pero ya las piernas le dolían y las botas le pesaban terriblemente.

CAPITULOIII

El rostro de los seres de Karon era ancho, aplastado, de grandes y redondeadas mandíbulas armadas con una doble hilera de dientes en apariencia pequeños pero que no lo eran tanto; quizá lo parecieran por efecto óptico, ya que poseían largos colmillos que montaban por encima de los labios, lo mismo superiores que inferiores! Después estaban sus ojos, redondos y completamente negros, no había parte blanca en ellos como ocurría en los terrícolas. Sus orejas aplastadas tenían una especie de cresta en la parte superior.

A Marx Fisal no le caían nada bien, aquellos sujetos no parecían hechos para reír. Poseían un sentido del deber más propio de insectos que de seres pensantes y racionales y sus rostros eran inexpresivos, jamás reflejaban lo que pensaban o se disponían a hacer.

La Confederación Terrícola, las hijas de Venus y los seres de Karon, habían llegado a un tratado de amistad y colaboración tanto comercial como técnica.

En la misma mesa se hallaba sentada una de las hijas de Venus, una mujer de rostro frío y duro que debía ser muy eficiente, un karonita y un representante de la Confederación Terrícola. Entre los tres revisaron la documentación de los recién llegados a la colonia del planetoide AP-16.

—Todo está en orden —estimó la venusiana integrante del comité de dirección de la colonia, devolviendo la documentación a los recién llegados.

—Ahora veremos que parcelita nos dan para trabajar —observó Cugan, tratando de dar desenfado a lasituación.

La hija de Venus, con su habitual frialdad, replicó:

—Todo el planetoide está dividido en parcelas, cada una de las cuales tiene su número de identificación y ningún buscador minero, sea sólo o en grupo de hasta cinco, que es lo máximo que se permite, puede tener más de una parcela que se le otorga por sorteo riguroso.

—¿Y si la parcela no vale nada y pedimos otra? —le preguntó Marx Fisal.

—Deberán someterse a otro sorteo —les dijo el representante de Karon con su voz gruesa y cavernosa.

—Exacto —añadió el miembro de la Confederación Terrícola —pero si piden otra parcela tendrán que abonar los derechos totales de la parcela que tenían antes. Así está reglamentado para que no haya acaparamientos de parcelas

—De acuerdo, nos someteremos al reglamento —aceptó Marx—. ¿Cuándo será el sorteo?

—No antes de treinta y seis horas —les comunicó la representante de Venus.

—¿Por qué tan tarde? Llegamos con ganas de trabajar —observó Marx Fisal.

La venusina fue quien explicó:

—Los sorteos se celebran siempre en público. Se pasa la nota y quienes se hallen en la colonia y deseen asistir al sorteo pueden hacerlo y declararlo improcedente si observan alguna anomalía. Hemos de tener en cuenta que todos los que llegan aquí son aventureros como ustedes y no lo digo peyorativamente.- Hay que ser muy estrictos en el cumplimiento de las normas para que no, haya recelos ni disputas.

—¿Qué te parece, Cugan?

—¿A mí? Pues, que si ésas son las normas, habrá que respetarlas.

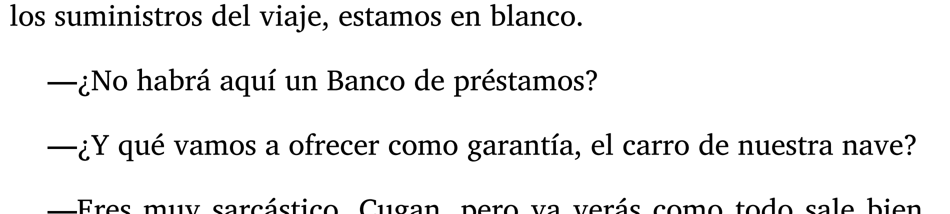
—Eso pienso yo —admitió Marx Fisal, Mirando a los tres representantes del comité, dijo—: Ya nos veremos en el sorteo.

—Mantengan sus receptores atentos. A cada hora, 3a dirección de la colonia da sus noticias y avisos. Si nohan recibido el aviso porque se hallan en desplazamiento, a través de los receptores oirán la citación para el sorteo —les dijo el representante terrícola.

Cugan y Marx, a través de una de las galerías, se dirigieron al Play-Club y descubrieron con cierta satisfacción que los locales de reunión y diversión estaban concurridos y animados. Había pista de baile, de *show,* mesas de alterne, juegos electrónicos y mesas del antiquísimo, pero siempre permanente póquer.

—Esto va bien. Cuando nos aburramos trabajando venimos aquí y nos divertimos.

—¿Con qué dinero, Marx? Nos gastamos todo nuestro crédito para



los suministros del viaje, estamos en blanco.

—¿No habrá aquí un Banco de préstamos?

—¿Y qué vamos a ofrecer como garantía, el carro de nuestra nave?

—Eres muy sarcástico, Cugan, pero ya verás como todo sale bien. ¿Llevas encima tu tarjeta de crédito?

—Oye, no pensarás quitarme los últimos centavos que me quedan para pagar las flores de mi propio entierro, ¿verdad?

—Anda, lárgame ¡a tarjeta. Dentro de una hora te doy el doble de lo que me prestes ahora, sólo es para jugar un par de manitas.

—¿Y si pierdes?

—Tenemos todavía víveres en nuestra nave, no pasaremos hambre.

—Está bien, Marx, pero dentro de una hora quiero el doble de cincuenta lux-dólares.

—¿Cincuenta lux-dólares? —Silbó admirativo—. Con eso nos hacemos ricos esta misma noche. Anda, saca la tarjeta y vamos a coger unas fichitas.

—¿Y tú no sacas la tuya?

—¿La mía? Ah, sí, claro, luego. Ahora déjame la tuya.

—Oye, Marx, no me la estarás jugando, ¿eh? Déjame ver tu tarjeta, no sea cosa que la tengas en rojo y que lo único que nos queda son mis cincuenta lux-dólares.

—Pero, Cugan, muchacho, ¿qué piensas tú que es una aventura?

Le arrebató la tarjeta de entre los dedos y fue a la máquina de cambio. Introdujo la tarjeta magnética y personal de Cugan y ante los ojos de éste, la máquina electrónica se le tragó.

—Espero que no la saque masticada —observó Cugan casi al borde del llanto.

Se escuchó un ruido, se encendieron unas luces rojas y en su parte inferior, en una especie de cestito metálico, aparecieron unas fichas de juego. Las había rojas, doradas y azules.

—Esto va bien.

- ¿Y mi tarjeta de crédito?

- Por el lado de la máquina te la devolverán, no te preocupes. Luego le damos a comer fichas a la máquina, vuelves a poner tu tarjeta de crédito y el valor de las fichas quedará asignado de nuevo en tu cuenta.

Cugan se quedó mirando su tarjeta de crédito, sólo vio ceros. Resignado ante el vaciado total de su cuenta particular, se encogió de hombros.

—Por lo menos me pagarás tú la consumición, ¿verdad?

—Hombre, no faltaría más. Por un amigo, lo que sea. Vamos, te convido.

Cogiéndolo por el hombro, lo empujó hacia una de las mesas.

Presenciaron el *show* de una chica terrícola. Era hermosa y sus atributos físicos quedaban muy a la vista. La danzarina se fijó en Marx Fisal, alto, de cabellos abundantes y largo bigote, todo ello rubio cobrizo. Se veía fuerte y exento de grasa. Era un tipo muy varonil de la especie terrícola.

—Esa ya se ha fijado en ti.

—No tiene importancia, Cugan. Bueno, toma lo que quieras y ponlo a mi cuenta, voy a echar unas partiditas. Ya sabes, nos hacen falta algo de fondos.

Marx Fisal se acercó a una de las mesas tapizadas en verde donde jugaban póquer dos terrícolas y un ser de Karon. Manejaban los naipes con facilidad, no. parecían unos incautos precisamente.

—¿Puedo jugar, amigos?

—Si trae ya las fichas —le observó con su voz cavernosa el karonita.

—¿Pichas? Bah, he sacado unas pocasprincipio. No me harán falta más, creo que ésta es mi noche de suerte.

El ser de Karon le escrutó con sus ojos totalmente oscuros, sin blanco alrededor de las pupilas. Sus colmillos se entrecruzaban y parecían sujetar los labios porque montaban por encima de ellos.

Daban impresión de agresividad, lo mismo que las manos de piel rugosa y oscura, con uñas de doble punta. Tomó los naipes y barajó con gran habilidad.

Marx no se arriesgó en principio. Con aire indolente controló a los otros tres jugadores para ver cuáles eran sus posibilidades y luego se fue arriesgando hasta apostar fuerte.

—Treinta lux-dólares es mucho dinero —opinó el ser de Karon.

—Yo he puesto las fichas aquí encima de la mesa, ¿no? —preguntó Marx señalando las fichas doradas.

Con un full de reyes, Marx ganó la partida y los dos terrícolas abandonaron la mesa. El ser de Karon tomó los naipes y preguntó:

—¿Tú no te largas, terrícola?

—Me llamo Marx; terrícolas somos muchos.

—Y yo, Gorgi. Si pasas mucho tiempo en este planetoide seguro que nos veremos muchas veces.

—Seguro que sí. A ti te gusta el póquer y a mí también —admitió Marx—. Ahora, tengo que reunirme con mi compañero.

—¿Hace una última partida?

—¿Quieres seguir jugando?

—¿Sabes jugar póquer cerrado?

—Naturalmente.

—Doscientos lux-dólares de entrada. ¿Te parece bien?

—Sí, ¿por qué no? Baraja, Gorgi.

Sonó un aplauso mezclado con pitos para un número de danzarinas.

Gorgi y Marx quedaron trente a frente; sobre la mesa había ya cuatrocientos lux-dólares. La bailarinaque se había fijado en Marx nada más aparecer el terrícola por el club, se situó cerca de ellos para observar.

Los diez naipes quedaron boca abajo, cinco para Marx y cinco para

Gorgi. Ya no se podían pedir más naipes tras descartar. Los dos al mismo tiempo descubrieron su primera carta; a Gorgi le salió el rey de corazones y a Marx, un siete de picas.

—¿Quieres pujar, terrícola? —preguntó con su voz cavernosa el ser de Karon mientras juntaba sus uñas de doble punta, encajando unas con otras.

—Primero, separemos otro naipe. ¿Te parece?

—De acuerdo.

Marx levantó, apareciendo un diez de diamantes. Gorgi pareció contento, lo que era difícil de observar en su rostro, tan distinto en sus expresiones a los de los terrícolas.

—Rey de tréboles.

—Una pareja de reyes, es un buen asunto —opinó Marx.

—Tan bueno que voy por cien lux-dólares más.

Marx sabía que le quedaba poco dinero en los bolsillos de su guerrera civil, más no podía arriesgarse a que Gorgi se diera cuenta pues podía subir la siguiente puja y si él no la igualaba quedaría apeado del juego, perdiéndolo todo aun sin conocer el resultado final que podían dar las cartas.

—¿Sólo cien, con dos reyes? Sí que eres cauto, Gorgi, yo habría jugado más.

Puso los cien lux-dólares con desenfado y levantaron dos cartas más. A Gorgi le apareció una reina y a Marx, otro siete.

—Ya tengo una pareja como tú, Gorgi.

—Sí, pero mí pareja es de reyes y gana a la tuya. Además, tengo tres figuras.

—Bah, eso no es demasiado.

Ninguno de los dos pujó en esta ocasión. Descubrieron la cuarta carta, a Gorgi le salió una jota y a Mark, un ocho de diamantes.

—Creo que vas a perder, terrícola.

—Eso está por ver, falta la última carta.

—Podría apostar mil lux-dólares a que te gano. —Hazlo, es tu problema, yo todavía no me doy porperdido.

—Una pareja de sietes frente a una pareja de reyes o cuatro figuras no es mucho, es perder seguro. —¿Levantamos la carta y vemos quién gana? Cugan se había acercado a la mesa de juego y lo mismo hicieron otros curiosos. Había seiscientos lux-dólares sobre el tapiz verde y era una cantidad importante teniendo en cuenta que el salario de un trabajador del espacio podía oscilar entre veinte y cincuenta lux-dólares mensuales según su categoría profesional.

A Cugan se le atragantó la nuez en la garganta. Si Marx perdía, los dos se hundían y las cartas no parecían favorables a su compañero.

—Si pierdes me gustará ofrecerte consuelo —le dijo la danzarina a Marx, mimosa.

—Magnífico, guapa, pero no será necesario, ya puedes ir pidiendo lo que más te guste. Nuestro amigo Gorgi está a punto de llevarse un disgusto.

—¿Eres clarividente, terrícola?

Marx se dio cuenta de que al insistir en llamarle terrícola, el ser de Karon había establecido una barrera de hostilidad entre ambos, lo que equivalía a decir que se había puesto nervioso.

—¿Levantamos la carta?

—Sí, ¿por qué no? —aceptó Gorgi.

Descubrieron las respectivas cartas. A Gorgi le salió un diez y a Marx, también un diez.

—Los dos iguales —observó la danzarina.

—Iguales, no —corrigió Marx Fisal—. Ahora, yo tengo dos parejas, una de sietes y otra de dieces y Gorgi tiene sólo una pareja de reyes. Tampoco ha tenido la suerte de hacer cinco figuras, de modo que gano yo.

Cugan exhaló un suspiro muy largo, como si tuviera necesidad de vaciar todo el contenido de sus pulmones.

Gorgi, que miraba fijamente a Marx Fisal, viendo como el terrícola se llevaba todas las fichas ganadas,

dijo:

—Volveremos a jugar, ¿verdad, terrícola?

—Naturalmente que sí, pero por ser la primera noche que estoy en el planetoide, es suficiente.

—¿Tú eres el patrón de la nave que ha llegado hoy? —Mi compañero Cugan y yo somos socios —aclaró, señalando a Cugan.

—He oído que es una nave mediocre, un modelo muy anticuado y de escasa fiabilidad —rezongó Gorgi con claro desdén.

—Es un carguero —puntualizó Cugan, molesto. —¿Y de qué vais a llenarla, de piedras? —Gorgi se rio por primera vez con su voz profunda y cavernosa. En realidad, lo que estaba haciendo era encubrir su irritación.

—Nos volveremos a ver, Gorgi —le dijo Marx, sabiendo que en aquel ser de Karon ya no iba a tener un amigo precisamente.

Condujo a Cugan hasta la máquina de cambio de fichas y pidió: —Tu tarjeta. —Sí, claro.

La introdujo en la ranura adecuada y Marx metió fichas por la boca correspondiente. Después pulsó un botón y Cugan» exclamó:

—¿Qué haces? ¡Has puesto doscientos lux-dólares en mi cuenta!

—Es para que otra vez vuelvas a confiar en mí. Sin tus cincuenta no habría podido hacer nada.

—¿No me invitas a nada? —preguntó la bailarina que parecía seguir a Marx Fisal como una perrita faldera. Utilizando la máquina electrónica, Marx añadió a su tarjeta de crédito el resto de las fichas.

—Mira, guapa, ve a la barra y tómate lo que quieras a mi cuenta —le dijo a la chica, poco dispuesta a despegarse de él—. Todavía es muy temprano para irse a acostar. La verdad, acabamos de llegar de la Tierra y estoy ansioso por ver un poco este planetoide.

—¿Viajar ahora, Marx? —inquirió Cugan arrugando la nariz.

—No es necesario que tú vengas, puedes hacerle compañía a nuestra amiguita. Yo me iré un poco de paseo,veremos si tenemos tanta suerte en el sorteo de la parcela como jugando póquer.

—El otro día, unos amigos míos encontraron unos diamantes como puños —dijo la chica del club.

—¿Has oído, Marx? ¡Diamantes como puños! Puede que sí hagamos suerte aquí. ¿Y cómo van de oro y uranio?

—Pues, hay de todo, aunque no siempre se tiene tanta suerte.

—En este planetoide existen metales con una densidad muy superior a los metales de la Tierra debido a las presiones sufridas y esos metales pueden resultar más preciados que el oro.

—El oro es seguro y los diamantes grandes, también. Se pueden sintetizar diamantes hasta de cinco o seis quilates, pero diamantes como puños, eso es otra cosa, Marx.

—No vayas a desbordar tu fantasía, Cugan, hay que ser aventureros sin dejar de ser consecuentes.

Se alejó, estaba contento. Con lo que había ganado aquella noche, tendría para cubrir algunos gastos. Se portado gracias a las guías de acero fijadas en la pared, había enterado de que el derecho a sorteo por gasto de veinte lux-dólares y luego había otros gastos que le caerían encima a poco que se descuidara.

Tomó una silla ambulante de las que constantemente iban y venían por las galerías subsolares del planetoide y arrellanándose en ella, se dirigió al astródromo en la salida C-2.

Al llegar a ella, saltó de la silla que le había transportado gracias a las guías deacero fijadas en la pared. Subió por unas escaleras y quedó en la superficie del astródromo, muy cerca de su nave espacial allí detenida.

El astródromo aparecía como una superficie inmensa donde se perdía la vista, mirase donde mirase. Gracias a potentes focos estratégicamente colocados se iluminaban las naves espaciales prudencialmente distanciadas unas de otras.

Las naves, muy diferenciadas entre sí, aguardaban en posición vertical u horizontal, pegadas al suelo. Las había cilíndricas u ovales; estas últimas pertenecían a los seres de Karon y entre ellas se parecían mucho, mientras que los terrícolas poseían más variedad de modelos.

Marx era consciente de que su nave, aplastada contra el suelo y con las alas retráctiles en delta, no era de las mejores, quizá era más

exacto decir que era el modelo más anticuado, pero le había traído hasta el planetoide y ello era suficiente.

Si había suerte y podía cargar con algún metal noble, con diamantes como esperaba Cugan o con algún otro mineral cotizado, empezaría a pensar en cambiar la nave por otra de modelo más avanzado.

Aquella podía ser útil para algunos mineros que se conformaban con viajar hasta la Luna o incluso, un poco remozada y con algo de decoración, podía ser transformada en un bus-espacial para turistas que no tuvieran prisa.

Se introdujo en la nave y abrió la compuerta grande, situada bajo la panza. Por ella volvió a salir a bordo de su *hovercraft* nuclear. Después, la puerta de la nave se cerró automáticamente.

Aquel pequeño vehículo, que se desplazaba por encima del suelo del planetoide como a unos tres o cuatro pies de altura, producía un ligero silbido apenas perceptible. Se alejó del astródromo dejando allí aquel montón de naves espaciales y se adentró en las tinieblas del planetoide AP-16, pues su noche, por carecer de satélite natural que reflejara luz, era totalmente negra. Encendió el potente foco del *hovercraft* nuclear y éste fue barriendo las tinieblas ante él.

—¡Diablos, que inhóspito! —comentó para sí—. Parece un paisaje lunar o marciano...

Rocas, planicies, todo era yermo, todo era muerte en aquel astro que cuando recibía la luz diurna quedaba fustigado por los terribles rayos ultravioleta sin filtrar por la inexistente capa de ozono que poseyera antes del gran cataclismo cósmico.

—¿Qué diablos buscaré yo ahora? —se preguntó, fumando un cigarrillo sin dar velocidad a su vehículo, tratando de escudriñar un paisaje que sólo alcanzaba a ver gracias al foco de luz que él enviaba por delante.

Los sensores le advertían de los obstáculos que irían encontrando en su camino.

A través del humo de su pitillo tuvo que admitir que había sentido la necesidad imperiosa de salir a recorrer algunas millas por la superficie del planetoide AP-16 aunque fuera de. noche y no viera nada. Posiblemente, una ser de Karon no habría tenido la necesidad vital de hacer semejante cosa, ellos eran más prácticos.

Quiso probar que tal se desplazaba su vehículo por la superficie del planetoide y aceleró la marcha. De pronto, en su salpicadero de mando apareció una luz centelleante de color ámbar que le advertía de un posible peligro y disminuyó la velocidad. Tuvo la impresión de haber visto un punto de luz y restó, potencia al foco de su vehículo para comprobar si era cierto lo que habían captado sus ojos. Efectivamente, pudo ver un punto luminoso que oscilaba, pero que de inmediato se apagó.

—Qué raro— gruñó para sí.

Detuvo el *hovercraft* apagando todas las luces y aguardó.

Pasaron unos minutos y ya comenzaba a temer que la siniestra noche del planetoide le hubiera gastado una broma cuando se encendió de nuevo la luz que había visto antes y que ya no le cabía duda debía pertenecer a alguien que avanzaba a pie por aquel desierto. Cuando creyó que tenía al paseante nocturno relativamente cerca, encendió el foco de su *hovercraft* nuclear a la máxima potencia.

Los fotones que brotaban de la lámpara del faro barrieron en abanico un gran espacio, cogiendo de lleno al paseante nocturno.

Marx observó entonces que aquel ser echaba a correr, pero tropezaba y caía.

—Si es una mujer —gruñó para sí.

Saltó del vehículo y corrió hacia la mujer.

—¡No, no! —gritó ella.

En unas pocas zancadas, Marx Fisal llegó hasta ella y la cogió por los brazos.

—No tengas miedo, no te voy a hacer nada.

La mujer, indudablemente joven y con un cuerpo hermoso pese a ocultarlo el traje de color cobre, al fin vio a Marx, que aun siendo un desconocido la tranquilizó con su presencia.

—Terrícola,' terrícola, ¿puedes llevarme a la colonia?

—Claro que sí. ¿Ha ocurrido algún accidente?

La mujer vaciló y contestó:

—Sí, ya te contaré. Me llamo Irka y soy una hija de Venus.

—¿Una hija de Venus? Hum, vamos —dijo tras pensar que las hijas de Venus siempre resultaban demasiado frías con los terrícolas aunque ellas procedieran también del planeta Tierra del que, al parecer, habían, conseguido desgajarse para formar un grupo específico aparte.

Marx Fisal subió a bordo del *hovercraft* a la muchacha venusina y dando media vuelta inició el regreso a la colonia. La joven parecía extenuada. Marx la vio cerrar los ojos y no quiso molestarla a preguntas, decidió esperar.

CAPITULOIV

La delegada de las hijas de Venus en el planetoide AP-16 escuchó con mucha atención el minucioso relato que con algo de excitación le había hecho Irka.

—...Creí —terminaba Irka— que el vehículo que acababa de descubrirme pertenecía a los sejes de Karon, pero por suerte era un terrícola que me ha traído hasta aquí, poniéndome a salvo.

La delegada meditó un espacio de tiempo que a Irka se le antojó eterno, pues la muchacha ansiaba que reaccionara con rapidez, exigiendo responsabilidades inmediatas a los seres de Karon.

—¿Estás segura de que todo lo que me has contado ha ocurrido?

Irka quedó atónita ante aquella pregunta y se encrespó irritada, al borde de la cólera. —¿Cree que miento?

—No digo que mientas, Irka, pero puedes haber sufrido una alucinación, ya sabes que las alucinaciones sonuno de los peligros con que nos enfrentamos en esteplanetoide yermo y barrido por los rayos ultravioleta.Luego está la soledad, el exceso de luz durante el día.Rocas, desiertos, ausencia de vegetales y en los casos dequienes os pasáis varias semanas buscando yacimientos,la soledad.

—No ha sido ninguna alucinación. Asesinaron a Altea, la desintegraron y también a nuestro vehículo y ahora no estaría yo aquí si me hubieran encontrado.

—Ya sabes que las armas están prohibidas en el planetoide AP-16. Antes de formular ninguna acusación debemos realizar una cuidadosa inspección en el lugar donde según tú ocurrieron los hechos. Los seres de Karon son muy especiales y particularmente belicosos, no se les puede acusar sin pruebas. Es como decir que ellos sí tienen armas cuando está prohibido tenerlas por un acuerdo tripartito. Ellos, lo mismo que los terrícolas y nosotros, firmamos ese pacto de no traer armas al planetoide.

—Tengo la impresión de que no va a hacer ningún caso y ha habido un crimen, han desintegrado a una hija de Venus y han sido los seres de Karon, yo los he visto. .

—Bien, bien, Irka, cálmate, gritando no arreglaremos nada. Esta es una situación delicada. Se puede suscitar un conflicto interplanetario

de suma gravedad. En muy pocos lugares se ha conseguido que tanto terrícolas, los seres de Karon y nosotras, las hijas de Venus, llegáramos a un acuerdo pacífico para la posible explotación minera de este planetoide. No podemos tener un tropiezo que rompa esos pactos.

—¡Pero, han sido ellos los que han matado! —protestó Irka.

—Haremos una investigación. Por supuesto, no vamos a cruzarnos de brazos ante la desaparición de Altea, pero hay que buscar evidencias.

—¿Mi palabra no es suficiente?

—Bastaría que un ser de Karon la negara para que fuera un caso de palabra contra palabra y todo se perdería porque ni ellos se podrían imponer a la tuya ni tú a la de ellos. Ahora, veamos, voy a hacerte algunas preguntas.

—Está bien —aceptó Irka resignada, cuando ella hubiera deseado más acción.

Había visto la muerte de Altea con sus propios ojos y sentido el terror de la persecución, estando a punto de perecer en el desierto. Quizá no hubiera regresado nunca a la colonia de no aparecer el terrícola con su vehículo privado, descubriéndola cuando ella ya desfallecía.

—¿Por qué habrían de atacarnos los seres de Karon?

—No lo sé, no lo sé.

—Algún motivo habrían de tener para arriesgarse de esa forma, cuando aquí están prohibidas las armas. —Pues, no lo sé.

—¿Habíais descubierto algo?

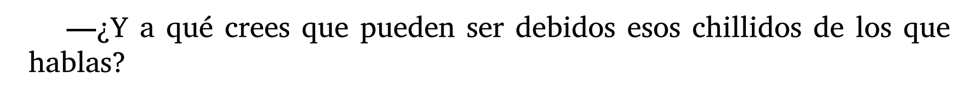
—No.

—¿Ellos merodeaban cerca de vosotras?

—No, no- los había visto nunca internarse; lo que si hay una cosa extraña.

—¿Qué cosa?

—Unos chillidos espeluznantes dentro de aquellas grutas por las que yo me perdí.



—¿Y a qué crees que pueden ser debidos esos chillidos de los que hablas?

—Lo ignoro.

La delegada suspiró y echó hacia atrás sus flacas espaldas.

—En ese caso, sabemos muy poco de lo sucedido. Investigaremos a fondo todo lo que nos has contado y debes permanecer callada para no crear enfrentamientos. Ahora, ve a tu nave y descansa o mejor, te acomodas en un habitáculo de la colonia, junto a la enfermería por ejemplo.

—¿Junto a la enfermería? —repitió Irka poniéndose en pie y frunciendo el ceño de forma muy evidente—. Qué trata de insinuar?

—No te pongas nerviosa, Irka, eres joven y un poco violenta, eso es propio de tu edad, los años hacen sentar la cabeza.

—No me busque en la enfermería, estoy perfectamente sana.

—Lo decía por lo que has pasado, Irka, tú misma has admitido el agotamiento físico, la sed. No estaría de más que te sometieras a una revisión médica.

—Ya me encuentro bien y convendría que usted no olvidara que es nuestra delegada aquí en el planetoide AP-16, pero nosotras no somos sus subordinadas.

Tras decir aquello, Irka abandonó el despacho.

La delegada de las hijas de Venus endureció su rostro ante la puntualización casi doblaba la edad de Irka

y no le había gustado que la joven le advirtiera que no pensaba aceptar sus órdenes.

Irka le pedía que actuase, pero la delegada temía los problemas que se le iban a venir encima y si tras una acusación no podía presentar pruebas, sería el gobierno de las hijas de Venus quien la cesaría en su cargo y la haría regresar a Venus para que ocupara un subempleo, cayendo en desgracia.

—¿Cómo ha ido? —la interpeló Marx Fisal que merodeaba cerca del despacho de la delegada de Venus.

—Hola, Marx. Creo que no te he demostrado suficiente gratitud por

haberme salvado la vida.

—¿Qué te parece si almorzamos juntos? —le propuso Marx—. Yo soy nuevo en la colonia y hasta dentro de unas horas, más de veinticuatro, no harán el sorteo para que se sepa qué parcela nos otorgan.

Irka saludó a otras hijas de Venus con las que se cruzaron. Marx tenía la impresión de que entre las venusinas había una rigurosa selección de especie, ya que todas eran hermosas y bien formadas. Se veían fuertes, ágiles e inteligentes, aunque todos los terrícolas afirmaban que eran frías y distantes, mujeres que no estaban hechas para el amor; no obstante, a Marx no se le escaparon algunas significativas miradas de aquellas féminas que iban dirigidas a él, a su cuerpo rabiosamente viril.

Comieron. Irka permaneció callada todo el tiempo hasta que Marx le preguntó:

—¿Más problemas? >

Ella alzó sus ojos color castaño rojizo y miró al hombre a la cara, de frente. Parecía como si antes no se hubiera fijado en él.

—Sí, más problemas —asintió.

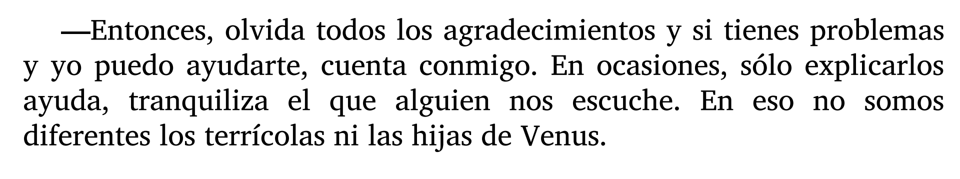
—¿Sería violar un secreto de estado si me los cuentas? Quizá pueda dar mi opinión, ya ves que no digo consejo. Sé lo suficientes y arrogantes que sois las hijas de Venus.

Irka quiso soltar en aquel momento la perorata de frases lapidarias que le habían metido en la cabeza desde la infancia en su educación antimachista y por consiguiente, anti terrícola; más, tuvo conciencia de que sisoltaba todas las frases que machaconamente habían cincelado en su cerebro, lo mismo que en los de todas las hijas de Venus, en aquellos instantes no sería sincera con Marx Fisal y tampoco consigo misma.

—Creo que te debo disculpas, terrícola —dijo con un corto suspiro —. No he sido lo suficientemente agradecida contigo.

—No pido tu gratitud. Estoy seguro de que de haber sido yo el que me hallara en dificultades, tú me habrías ayudado lo mismo.

—Naturalmente.



—Entonces, olvida todos los agradecimientos y si tienes problemas y yo puedo ayudarte, cuenta conmigo. En ocasiones, sólo explicarlos ayuda, tranquiliza el que alguien nos escuche. En eso no somos diferentes los terrícolas ni las hijas de Venus.

—Me gustaría hacerte unas preguntas si no te molesta, terrícola.

—Por favor, llámame Marx.

—De acuerdo, Marx.

—Pues, adelante con tus preguntas.

--Si tú y un compañero tuyo fuerais atacados mientras buscáis yacimientos, a tu compañero lo exterminaran y tú estuvieras a punto de morir, ¿qué harías?

—Primero, salvar la vida, luego, buscar la forma de que se hiciera justicia

—¿Cómo?

—Pues, comunicando lo sucedido al delegado terrícola, para eso están aquí nuestros representantes.

—Eso está bien pero, ¿y si tu delegado tuviera miedo de provocar un conflicto interplanetario de consecuencias incalculables?

—Es una posibilidad que hay que tener en cuenta.

—Y si esa posibilidad se produjera, ¿qué harías, cruzarte de brazos?

—No, claro que no.

—¿Entonces?

Irka no había apartado sus grandes ojos del terrícola y a éste le parecía muy hermosa aquella venusiana de largos cabellos de un color dorado cobrizo, labios firmes y carnosos a la vez, nariz en su justo punto sin llegar a respingona ni ser excesivamente recta. Se daba cuenta de que ella estaba esperando su opinión. —Actuaría por mi cuenta —respondió al fin.

—¿Por tu cuenta, en qué forma? Está prohibido tener armas en este planetoide donde se supone que todo es paz, pues tampoco existen animales peligrosos.

—Ya me las arreglaría. Después de todo, en un momento determinado se pueden improvisar las primeras armas que utilizaron nuestros ancestros. No olvides que las hijas de Venus también procedéis del planeta Tierra, somos iguales aunque en el siglo veintidós de la era terrícola os separarais formando una colonia en Venus. Bueno, a lo que iba; nuestros ancestros prehistóricos empleaban piedras, sin embargo, se pueden conseguir armas mediante la utilización de determinados elementos de nuestras naves y vehículos. No podemos olvidar la potencia de nuestras pilas nucleares y hoy por hoy, con unos tubos y unas gemas, hasta un niño podría fabricar un pequeño láser.

—Sí, claro, tienes razón, pero no se trata de armarse cómo para hacer una guerra.

—¿Puedo hacerte una pregunta a boca de jarro?

—Bueno —aceptó Irka intuyendo cuál iba a ser la pregunta.

—¿Quiénes os atacaron?

—Los seres de Karon —contestó sin ambages.

—¿Los seres de Karon? La verdad, no me extraña, nunca he creído en los pactos de esos sujetos. Ellos no dan el mismo valor que nosotros a un acuerdo y aún así, la civilización terrícola está plagada de pactos rotos; claro que podría ser que unos determinados seres de Karon cometieran un delito y que su gobierno nada tuviera que ver en el pleito, quero decir que fuera la obra criminal de unos pocos que actuaran al margen de sus propias leyes, como verdaderos criminales.

—¿Crees en la posibilidad de que un grupo formara una especie de cuadrilla de delincuentes?

—Sí.

—Pues si sucediera en esa forma, al ser acusados nose suscitaría ningún conflicto interplanetario de consecuencias graves.

—No, si lograbas demostrar que ese criminal actuaba por su cuenta; de lo contrario, el gobierno ce los seres de Karon se sentiría insultado de forma directa y actuaría en consecuencia. Ya sabes que los karonitas nos acusan de racistas y de que los catalogamos como a una especie de humanoides monstruosos y no como a humanos simple y llanamente, como sí nos catalogamos a nosotros mismos, tanto alos terrícolas como a las hijas de Venus.

—¿Tú también opinas que hacen falta pruebas?

—Por supuesto. ¿Acaso podrías señalar concretamente a los seres de Karon que te atacaron?

—No, nunca he conseguido distinguir a un karonita de otro, todos me parecen igualmente monstruosos. No me gusta mirarles muy seguido a la cara, me produce inquietud. —Suspiró y tomó el resto de naranjada que le quedaba en el vaso—. Creo que te estoy contando muchas tonterías.

—No son tonterías, son hechos muy graves.

—Pero que no se pueden demostrar. Mi compañera Altea ha desaparecido desintegrada y el vehículo que utilizábamos, también, no 'queda ni rastro de lo sucedido y se la dará por desaparecida,. No sería la primera en un planetoide como éste, lleno de grutas, simas y gargantas insondables donde podemos Ser tragados por cualquier accidente.

—Todo eso es cierto y a lo peor, las pruebas no se hallen jamás.

—Tendré que buscar a una o dos compañeras que deseen regresar a Venus y me marcharé del planetoide.

—Eso no, Irka, sería como desertar, como olvidar a tu compañera. ¿Cómo dices que se llamaba?

—Altea.

—Pues Altea merece justicia. Yo no tengo mucho que hacer hasta que llegue el momento del sorteo. ¿Me dejas ayudarte?

—¿Tú?

—Sí, yo.

—¡Si eres un terrícola!

—Ya sé que en vuestra educación se os habla muy mal del machismo terrícola y se os enseña a no fiaros de nosotros, pero me gustaría ayudarte. Después de todo, si hay unos seres de Karon y aparecen y desaparecen por las parcelas asesinando, también me interesa a mí descubrirlos porque podría ser yo la próxima víctima.

—Tienes razón, Marx. Voy a confiar en ti, aunque tenemos rigurosamente prohibido viajar a solas con un macho terrícola.

—Pues, no se lo cuentes a nadie —replicó Marx sonriendo.

—De acuerdo, no se lo diré a nadie y espero no arrepentirme de haber confiado en ti.

—En el planeta Tierra, cuando una mujer y un hombre sellan un pacto, se dan un beso; entre iguales, entre dos hombres, se dan la mano.

Le tendió la diestra que Irka estrechó sin timidez, sin recelos, con sinceridad.

CAPITULOV

Aposentado en su sillón que más parecía un trono, el karonita Gorgi estaba ceñudo y pensativo. Aquellos colmillos que semejaban coserle la boca tenían un aspecto más grande, más temible. Se abrió automáticamente una doble puerta en la cámara de mando de su nave oval y aparecieron cuatro seres de Karon que fueron hacia él deteniéndose a una distancia prudencial que parecía indicar respeto por parte de los recién llegados,

Gorgi los miró a los cuatro y después, uno a uno. Al fin estalló, separando las bien armadas mandíbulas.

—¡Sois unos incompetentes y además, idiotas!

Ninguno de los seres recién llegados osó replicar y Gorgi prosiguió.

—Sé que esa hija de Venus llamada Irka ha logrado regresar a la colonia y exponer sus quejas a la delegada de Venus y todo, porque no supisteis eliminarla.

Al fin, uno de los cuatro habló, explicándose.

—No la vimos, debió esconderse en las grutas y allí hay muchas grutas, muchas galerías, es un complicado laberinto. Ella salió y la buscamos sin suerte. Suponíamos que había muerto en el desierto al tratar de volver a pie.

—Pues pudo regresar y de la mano de un terrícola entrometido.

—¿Un terrícola? —repitió otro de los cuatro que se presentaban ante el que evidentemente era su jefe.

—Sí, un terrícola recién llegado, no entiendo como pudo encontrarla él y vosotros no. El caso es que la llevó a la colonia, han sido vistos juntos y no quiero que los terrícolas se entrometan. Otro de los karonitas expuso:

—No sé cómo pudo encontrarla, no utilizó su transmisor. Nosotros estábamos atentos por sí lo hacía, la hubiéramos localizado inmediatamente y ahora ya nadie la podría encontrar.

—¿La delegada de las hijas de Venus ha presentado denuncia? —preguntó el que hablara en primer lugar.

—Todavía no. Tengo la impresión de que deseará consular primero

con el delegado terrícola antes de tomar una posición.

—¿Y nuestro delegado? —preguntó otro de los karonitas.

—Loion hará lo que yo le diga, pero no quiero comprometerlo salvo que sea imprescindible. Hemos de llevar este asunto con mucha cautela para evitar crear un conflicto interplanetario. Si se demostrara que hemos atacado a una hija de Venus, transgrediendo nuestro pacto, las hijas de Venus y los terrícolas se unirían para hacernos la guerra y, hoy por hoy, no disponemos de la suficiente energía desplazable para afrontar una guerra contra los terrícolas y las hijas de Venus unidos. No basta con construir naves de guerra, hay que armarlas y dotarlas de radio de acción total y poder ofensivo y eso sólo se consigue con fuentes de energía maxipotentes. ¿Por qué creéis que hemos llegado a pactos de no agresión entre las hijas de Venus, los terrícolas y nosotros? Es muy sencillo, porque ninguno de los tres puede derrotar y dominar a los otros dos con un mínimo de garantías. Si alguno lo consigue ya no hará pactos, habrá dominio y sometimiento, vencedores y vencidos, amos y esclavos.

—No perderemos la fuente de energía —dijo uno de los karonitas.

—Naturalmente que no. Si alguien vuelve a fallar, se atendrá a las consecuencias. Tampoco podemos actuar a la ligera, nuestro plan no puede ser descubierto antes de lograr nuestro objetivo. Todo requiere su tiempo, hayque crear una situación de normalidad aparente, como de que nada ocurre.

—Exterminaremos a la hija de Venus y haremos desaparecer sus restos —sentenció uno de los karonitas tratando de agradar a su jefe Gorgi con su vehemencia.

—¡No!

El rotundo "no" de Gorgi sorprendió a los cuatro individuos que tenía delante. Uno de ellos preguntó:

—¿Por qué no? Mientras ella viva, la parcela sólo podrá ser explotada por Irka, no podremos intervenir en esa área. Si nos ven allí sospecharán y seremos atacados antes de apoderarnos de lo que interesa.

—Quiero que se haga todo con aparente normalidad y la forma de hacerlo es conseguir que la parcela sea nuestra legalmente, que se nos otorgue sin que nadie pueda poner objeciones. Será la forma de trabajar sin problemas ni complicaciones. De momento, vosotros dos

—señaló a dos de los karonitas— presentaréis la renuncia a la parcela que os fue otorgada mediante sorteo. Declararéis que no habéis encontrado nada interesante en ella, lo cual es cierto, sólo un poco de oro y nada más. Os recogerán la renuncia y pasaréis a la lista para el próximo sorteo. Mientras, esa hija de Venus debe sufrir un accidente que la haga renunciar a su parcela. Ya está en problemas al haber perdido a su compañera. Tiene que llegar su ficha de renuncia para que su parcela, según el pacto, pueda entrar en sorteo.

—Pero, están los terrícolas de por medio —advirtió uno de los seres de Karon, añadiendo—: Si ellos también esperan una parcela, en el sorteo podría serles adjudicada la que deje la hija de Venus.

—No, porque nos las arreglaremos para que la renuncia de la hija de Venus llegue después del sorteo en el que serán incluidos los terrícolas.

—Pero ¿cómo va a llenar ella la tarjeta de renuncia a su parcela? —interrogó uno de los karonitas a su jefe Gorgi.

—Es cierto, aunque esté herida puede negarse a renunciar. El pacto le da quinientas horas de no investigación

como máximo antes de serle retirada la adjudicación por falta de interés evidente en la búsqueda.

—Todo está previsto —atajó Gorgi—. El accidente lo sufrirá después de que haya renunciado a su parcela, de modo que os encargaréis de secuestrarla y traerla a esta nave. Tenemos medios muy eficaces para convencerla de lo que más le conviene; después, cuando haya renunciado impresionando su voz en la tarjeta magnética, le prepararemos un accidente que, desgraciadamente, va a perjudicarle el cerebro y ya no podrá contar a nadie nada de lo que haya podido ocurrirle.

—¿Y si luego, en el sorteo, no nos toca la parcela de las hijas de Venus? —objetó uno de los karonitas—. Puede suceder.

—Sí, puede suceder, pero no habría nadie en esa parcela y comenzaríamos a trabajar en el subsuelo sin que nadie lo detectara. No olvidéis que la parcela contigua a la que nos interesa me fue adjudicada precisamente a mí. Haremos una galería de trabajo que una las dos parcelas. Ya he pedido que traigan un topo perforador y está en camino, llegará como máximo dentro de cien horas en un carguera regular procedente de Karon, de modo que los trabajos podrán iniciarse y seguiremos renunciando a otras parcelas hasta que

por sorteo y legalmente, nos adjudiquen la que nos interesa. Todo muy correcto, que no puedan enterarse las hijas de Venus ni los terrícolas de cuáles son nuestros intereses, nuestros planes. Dentro de unas tres mil horas, yo seré el caudillo de Karon y llevaré a nuestro pueblo a la conquista del Universo. Todos los demás pueblos, todas las otras especies, serán aplastadas por nuestro poder y sus supervivientes, sometidos a la esclavitud; pero, para conseguir ese poder total en el universo conocido, hemos de trabajar sin despertar sospechas, en secreto, con sigilo y todo aquel que pueda constituirse en un peligro, sea quien sea y venga de donde venga, será exterminado, desintegrado para que nadie encuentre ni sus cenizas.

Gorgi siguió hablando a sus secuaces más directos. Era un ser temido y respetado por los suyos, poseía carisma de líder y él era consciente de ello.

Para conseguir sus propósitos estaba dispuesto a todo, incluyendo hacerse con el poder en su propio planeta, lo que no le costaría demasiado ahora que tenían un gobierno algo débil y las cosas no marchaban bien en el terreno económico.

Si Gorgi se presentaba ofreciendo riquezas a un pueblo que convertiría en dominador del Universo y mostraba cuáles eran sus poderes, toda la masa del pueblo de Karon se pondría de su lado. A Gorgi no le cabía duda alguna de que el parlamento de Karon se rendiría a sus exigencias ante el temor de una sublevación del pueblo en todo el planeta; además, contaba con la adhesión de las milicias espaciales, no en vano él había sido general, aunque ahora estaba en la reserva debido a unos enfrentamientos mantenidos con otros generales.

Volvería a ostentar el mando cuando vieran que él, Gorgi, poseía las fuentes de energía necesarias para dominar el Universo conocido.

Gorgi no se conformaba con encontrar unos yacimientos que le hicieran simplemente rico, quería más, mucho más. Gorgi exigía poder como un sediento en el desierto desea agua, con desesperación vital, con una desesperación que sólo el agua puede mitigar y calmar.

Gorgi terminó planeando con detalle lo que debía hacerse con Irka. Ella era el primer obstáculo a salvar para que todos sus proyectos de ambición y despotismo se convirtieran en realidad.

CAPITULOVI

—Eh, Cugan, ¿qué son esos cacharros?

El interpelado se volvió hacia su socio y se le quedó mirando como sorprendido.

—¿No vamos a investigar?

—Sí, pero...

—No temas, Marx, sólo se trata de un detector de metales de mi invención que quiero probar y un amplificador de sonidos.

—¿Un altavoz?

—No exactamente. En realidad, es un emisor de sonidos y ultrasonidos focal. Si bajo el suelo te encuentras en un apuro, con este chisme te puedes abrir paso si no te caen los techos encima. De todas formas, probaremos.

—Hum, ya veremos qué pasa. Mete tus cachivaches en el *hovercraft,* nos vamos en seguida.

—¿Pasaremos a recoger a la hija de Venus?

—Sí.

—¿Y no tiene amigas?

—Supongo que sí, pero ya sabes cómo son las hijas de Venus.

—Uy, cuentan que frías como el hielo. ¿Cómo se las arreglarán para reproducirse? No son hermafroditas, que yo sepa.

—Es un secreto de estado, creo que utilizan la inseminación artificial.

—Eso no dará placer, ¿verdad?

—No creo, a menos que tengan superimaginación.

—¿Y quiénes les entregan el semen que necesitan?

—Pues, también es secreto, pero voluntarios terrícolas no creo que falten. De todos modos, pueden conservarlo el tiempo que quieran en

las cámaras de criogenización y como los terrícolas tenemos un pacto respecto a que los niños varones que nazcan sean entregados a los terrícolas ya que ellas no los aceptan en su comunidad, no hay demasiados problemas.

—¿Y sí yo fuera un niño de esos nacido de una hija de Venus?

—¿Tú, Cugan? —casi se rio Marx.

—Cuando fui mayor me enteré de que me habían adoptado y no se me dieron muchas explicaciones.

—Siempre he pensado que tenías la cara muy rara, Cugan... Vete a saber si se les estropeó algunas de las cámaras de criogenización en la que tú estabas guardadito en forma de espermatozoide dentro de un tubo.

—Oye, Marx, aunque seamos socios no te consiento que te mofes de mi pre engendramiento.

—¿Cómo dices, Cugan? Si sólo he dicho que tenías la cara muy rara... Lo de que puedas ser hijo de una venusina lo has dicho tú y no yo. Anda, vamos, tenemos que recoger a Irka; espero que haya descansado lo suficiente.

—Un momento, Marx —pidió reteniéndole por el brazo.

—¿Qué quieres?

—¿Y si de veras la han atacado los seres de Karon?

—Yo creo que ha sido así.

—Entonces, ¿tendremos que vernos las caras con esos monstruos?

—¿Tienes miedo de que te muerdan?

—Sus mandíbulas están mejor armadas que las mías y por si faltara poco, parece que ellos tienen armas donde está prohibido tenerlas.

—Pues nos andaremos con cuidado. No te estarás rajando, ¿verdad? No lo esperaba de ti.

—¿Rajarme yo? Anda, vamos.

Ya a bordo del *hovercraft,* salieron por debajo de la panza de su nave espacial. La amplia compuerta se cerró automáticamente cuando

ellos se alejaron en el vehículo que avanzaba a tres pies de altura sin tocar el suelo.

Se desplazaron por el gran astródromo donde se hallaban estacionadas las grandes naves espaciales que semejaban gigantescos monumentos levantados por los seres inteligentes.

La nave de Irka no era tan grande como la de los dos terrícolas, era más estilizada y se estacionaba en vertical ; sin embargo, era una nave muy superior en potencia y capacidad de impulso para obtener grandes velocidades de crucero por el espacio interplanetario. Cugan, al observarla, silbó admirativo.

—Tu amiga tiene un buen cacharro.

—Sí, no está mal.

—Y tanto que no está mal, ya me gustaría a mí que esa nave fuera la nuestra, seguro que todo le funciona bien. Por lo menos tiene treinta y seis retrocohetes de maniobra y con eso ya se puede. Cualquier cambio de rumbo lo realizará en un espacio mínimo.

—No te pongas a llorar, Cugan, algún día tendremos una nave de ese calibre, ya verás.

—Como no sea jugando al póquer...

—Espérame aquí, voy a subir.

—¿Tardarás?

—No lo creo. Marx Fisal se colocó el yelmo que habría de protegerle de los rayos ultravioleta con que constantemente era azotada la superficie del planetoide al carecer de su envoltura estratosférica de ozono.

Salió del *hovercraft* y se acercó a una de las aletas de popa que actuaban a su vez de patas sobre las que la nave se aposentaba en el suelo. Subió unos peldaños que le llevaron a un punto sobre la aleta en el que aparecía una guía que ascendía hasta la escotilla, situada a unos sesenta pies más arriba. Pegada a la guía había una plataforma circular.

Marx se situó sobre ella y pulsó un botón que quedaba al alcance de su mano. La plataforma, sin protección alguna para evitar una posible caída, ascendió rápida.

Cugan le vio subir y al fin, la superficie se detuvo frente a la puerta principal de la nave que permanecía cerrada. Marx pulsó un botón que era un llamador y esperó.

—Ya te abro, Marx —le dijo la voz de Irka.

Tras ponerse en marcha el elevador exterior, los avisadores automáticos la habían puesto en alerta y el visitante había aparecido en la pantalla de televisión por el circuito interno.

Se abrió la puerta y Marx entró en la nave. Cruzó la cámara de despresurización que en aquellos momentos no funcionaba, ya que la presión interior era idéntica ala exterior.

Se adentró más en la nave de Venus y ascendió por una escalerilla, pasando a una sala que a Marx le pareció muy confortable. Se congratuló de que no la viera su socio Cugan, ya que la nave de los terrícolas estaba muy lejos de poseer todas aquellas comodidades que casi podían catalogarse como lujos.

—Hola, Marx, estaré lista en seguida. Tomé un somnífero, 'no podía dormir pensando en la muerte de Altea. —No tengas prisa, nadie nos espera —le dijo Marx que veía a Irka por primera vez con ropas ligeras y suaves que por sí mismas se amoldaban a las redondeces de su cuerpo.

Alta, estilizada, ágil y elástica, Irka tenía unas caderas redondas y prietas de carne, especialmente en las nalgas. Sus muslos eran tersos y tensos, su vientre plano y la cintura quedaba bien marcada.

Marx sintió el deseo de apoyar sus palmas sobre las caderas femeninas y sujetarlas firmemente.

Los pechos eran redondos, de grandes pezones que por la semitransparencia de la ropa que llevaba se veían muy fuertes de color, unos senos altos y casi agresivos. Luego, el rostro de Irka le agradaba y le atraía, era un rostro que no irradiaba la frialdad característica en la mayor parte de las hijas de Venus. El cabello, ahora suelto, le caía sobre los hombros, espalda y parte del pecho.

Irka se dio cuenta de que los ojos de Marx no la observaban con indiferencia.

—¿Me estás midiendo? —preguntó.

—Te estoy admirando.

—Sí, ya sé lo que os sucede a los terrícolas frente a las mujeres que os parecen bonitas.

—Tú lo eres y mucho. —Hizo una pausa y agregó—: Supongo que te han educado diciéndote que los terrícolas somos seres primitivos que nos dejamos arrastrar por nuestros instintos…

—Exacto, y que una vez lanzados, lo que hacéis es dominar a las mujeres siempre en vuestro beneficio.

—Es posible que algunos sean como te han contado, pero por supuesto que son la excepción. ¿No os han contado que cuando se lleva a cabo la unión sexual, el hombre y la mujer se entregan al uno al otro y se funden en una sola cosa, en una sola carne y que ambos obtienen el mismo placer?

—No, eso no nos lo han dicho, sólo que vosotros sois como animales de presa.

—Y vosotras las víctimas, claro.

—Eso es.

—Es un error que alguien tendría que aclarar, aunque bien sabemos los terrícolas lo recelosas que sois las hijas de Venus.

—No queremos ser convertidas en objetos de placer.

—Sería mejor decir que compartiríais el placer. Es cierto que hay ocasiones en que el placer se decanta más hacia uno u otro sexo, pero eso es variable y la perfección se consigue cuando los dos quedan satisfechos por igual.

—¿Para qué entretenerse jugando al amor si se puede procrear prescindiendo de él gracias a la inseminación artificial?

—La rechazo de plano —objetó Marx— y aun aceptándola en los casos de necesidad por deficiencias orgánicas, quiero decirte que hacer el amor puede ser algo totalmente independiente de la acción procreativa; amarse es comunicarse.

—Me estás explicando cosas muy extrañas, cosas que nadie nos ha dicho jamás en Venus.

—Es un error separarnos y hacernos casi enemigos por razón de sexo cuando el estado óptimo es el aparejamiento.

—Tus palabras son veneno, Marx, no debería oírlas.

Irka dio un cuarto de vuelta, dispuesta a alejarse, cuando él la retuvo por el antebrazo.

—Aguarda.

—¿Qué quieres?

—Sólo una cosa, una pequeña cosa… No temas, no será más que una suave acción.

Irka se le quedó mirando muy fijo y vio como la boca de él se acercaba a la suya. Sus labios carnosos quedaron cazados por los del hombre que se acoplaron en los de la hija de Venus que aguantó la caricia.

A partir de aquel momento, supo lo que era un beso largo y profundo, un beso en el que los alientos de ambos se transformaban en uno solo, un beso donde los dientes casi se tocaban.

Irka supo entonces que en una caricia como aquella, los párpados se le cerraban y una oleada de calor recorría todo su cuerpo. Tuvo miedo, mucho miedo de sí misma, pues toda su posible resistencia se volatilizó como desintegrada. Pero, antes de que ella quedara atrapada totalmente en el juego del amor, Marx separó sus labios y apartó las manos de la cintura y caderas femeninas.

Ambos se miraron un instante a los ojos e Irka, antes de que él pudiera decir nada, se alejó casi corriendo, con pasitos cortos. Marx aguardó llenando sus pulmones de aire. Unos minutos más tarde, Irka regresó ya con el yelmo anti-ultravioleta colocado.

—Vamos —dijo la muchacha, sin querer hablar de lo sucedido unos minutos antes.

Descendieron en la plataforma circular y después de bajar por los peldaños de la aleta, pasaron al *hovercraft.* Cugan les abrió la puerta.

—Habéis tardado mucho —rezongó Cugan.

—Anda, no gruñas y déjame conducir a mí. —Miró a Irka y dijo—: Tú dirás cuál es la dirección que hemos de tomar.

Irka asintió con la cabeza. Miró el programador del salpicadero y pulsó las teclas, de tal forma que en la pequeña pantalla apareció un

mapa y unas coordenadas.

Marx Fisal aceleró y dejaron el astródromo atrás.

A su lado, Irka había preferido no quitarse el yelmo protector pese a que dentro del vehículo se hallaba a salvo de los rayos ultravioleta que asesinaban todo lo que pudiera significar vida en el planetoide AP-16.

CAPITULOVII

Llegaron al corazón de la parcela otorgada a Altea e Irka para la búsqueda y explotación de posibles yacimientos minerales, fuesen éstos cuales fueren, pues así constaba en los acuerdos firmados por las hijas de Venus, los seres de Karon y los terrícolas.

—Las parcelas tienen cien millas cuadradas más o menos, ¿verdad? —preguntó Cugan que había permanecido en silencio durante el trayecto, contemplando los áridos paisajes de la superficie del planetoide. Extensiones yermas, estériles, tras el gran choque sideral con una pequeña estrella errante.

—Ahí están las grutas —señaló Marx.

—Estuvimos investigando dentro de ellas, es zona volcánica.

—¿Muerta? —inquirió Cugan.

—Sí, no hay volcanes ahora. No hemos descubierto ninguna onda térmica ni sísmica pese a los sensores.

—¿Recuerdas el lugar exacto donde fue atacada Altea?

—Sí, creo que sí. Yo estaba arriba, entre aquel grupo de rocas que ves allí —y señaló en una dirección.

—¿Hay una salida de la gruta allá?

—Sí, y es posible que haya más. Este lugar está lleno de agujeros que se adentran en el subsuelo, parece que algunas de las galerías son muy profundas. ¿Quién sabe hasta dónde llegarán?

—Averiguarlo no estaría de más, puede ser interesante —opinó Marx.

Por su parte, Cugan advirtió:

—Cuanto más hondos se hallen los yacimientos, más dificultosos y costosos para explotarlos resultan.

—Bien, descendamos del *hovercraft* a ver qué descubrimos por aquí. Coge tus chismes, Cugan.

El *hovercraft* se posó en el suelo, quedando quieto. Los tres se apearon y mientras Marx e Irka buscaban con la vista rastros de lo

sucedido, Cugan puso en marcha una de sus cajas con indicadores que entraron en funcionamiento y antenas auto-focales. El aparato tembló ligeramente al ponerse en marcha y al fin, sus antenas se movieron.

Cugan no tardó en recoger del suelo algo casi redondo.

—Eh, mirad, esto es metal —dijo.

Marx tomó aquello de la mano de su socio y lo observó de cerca, opinando:

—Es metal previamente fundido.

—Puede pertenecer a mi vehículo, el que fue atacado.

—Sí, pero después de haber sido fundido el metal y convertido en esto, es indemostrable.

Irka tuvo que aceptar con la cabeza. Obviamente, era indemostrable que aquel pedazo de metal fundido pudiera identificarse como parte de su vehículo atacado.

—Eso quiere decir que no podremos demostrar nunca que ellos atacaron, la delegada de Venus no querrá comprometerse sin pruebas.

—Aquí hay otro goterón de metal —indicó Cugan, que con su aparato detector de metales lo encontraba todo.

—Es igual que el anterior —observó—. Si llegamos a encontrar todo el metal fundido, lo pesamos y coincide con el peso de metal que podía llevar tu vehículo, quizá sirviera como prueba identificativa.

—No creo que lo aceptaran como prueba.

—Irka tiene razón, Marx, eso es indemostrable.

—Veamos si hay huellas de los seres de Karon en el suelo.

—Es posible que no las haya. Tienen un cañón queprovoca tempestades, levanta tierra y hasta piedras y borra toda huella.

Marx Fisal, que no quería darse por vencido tan fácilmente, dijo:

—De todos modos, si los seres de Karon se han arriesgado a venir hasta aquí y atacar, es porque tenía que interesarles.

—No sé qué podía interesarles —dijo Irka casi con desaliento.

—Yo opino que lo que pueda interesar a los seres de Karon está dentro de las grutas.

—Cugan puede tener mucha razón, de modo que haremos una inspección en las grutas.

—Yo estuve y no encontré nada especial; bueno… —Irka vaciló.

—¿Qué fue? Dilo —pidió Marx.

—Unos chillidos que no había oído antes, como si un ser extraño y monstruoso estuviera recorriendo las grutas.

—Marx, ¿tú sabes si los seres de Karon están buscando ampliar su zoológico?

—Esto no es broma, Cugan. Vamos a dejar bien escondido el *hovercraft,* no sea cosa que al salir no lo encontremos.

Marx subió al vehículo y lo condujo hacia la- entrada de una de las grutas que le pareció amplia. Ya fuera del alcance de la vista de algún posible merodeador, salió del vehículo y se reunió con Irka y Cugan. Este llevaba consigo dos cajas y tendió una a Marx.

—Llévala tú —le dijo.

—¿Y para qué sirve?

—Es mi detector de metales y yo llevo el amplificador.

—¿Y para qué puede servir el amplificador? —preguntó Irka.

—Es focal y de una gran potencia, sin distorsión. Si hablamos por él, todo el interior de las grutas se llenará con nuestras voces. También puede actuar como cañón de ultrasonido y eso no deja de ser un arma. Si lanzamos un chorro de ultrasonido contra el techo de una

de las galerías, puede venirse abajo una porción del mismo y cortar el paso.

—Adelante —pidió Marx.

Se introdujeron por una de las grutas, encendiendo las luces autónomas de cada uno de sus cascos que eran suficientes para barrer las tinieblas que todo lo invadían.

—Sería bueno que marcáramos las galerías —advirtió Irka—, el

interior es un verdadero laberinto. Uno podría llegar a perderse y quizá ya no llegar a salir vivo jamás.

—Como sabía esto, he traído un tiznador fosforescente —dijo Marx sacando una especie de grueso lapicero con el que hizo una raya en la pared que al recibir la luz de las linternas adosadas a sus yelmos se iluminó en amarillo.

—Perfecto —aprobó Irka.

Se fueron adentrando más y más. Cada vez que tenían que elegir entre dos o tres galerías que se abrían ante ellos, marcaban la escogida y continuaban adelante.

—¿Cuántas millas vamos a hacer, Marx?

—No lo sé, Cugan, estamos buscando algo.

—¿Y ni idea de qué es ese algo?

—Estamos buscando algo que tengo la impresión que ya han descubierto los seres de Karon.

—No sé que pueda ser —confesó Irka.

—Si ellos lo han encontrado, también podemos encontrarlo nosotros —indicó Marx, sin dar muestras de fatiga.

Se introdujeron por galerías y galerías, cruzaron muchas salas que semejaban distribuidores unas y grandes naves otras. Fueron dejando las marcas para el retroceso y semejaba que aquel laberinto de grutas no tuviera fin y que pudiera conducirles al centro del planetoide cuando, de pronto,vieron que se iluminaba una galería.

—Creo que hemos encontrado algo —advirtió Marx.

—¿Qué puede ser?

A la pregunta de Irka, Cugan respondió:

—Pronto lo sabremos. Eh, Marx, ¿cómo va tu detector de metales?

—¿Tengo que mirarlo?

—Sí, claro, no sabemos qué produce esa luz que vemos al fondo.

Se detuvieron, observaron el detector de metales y la antena

autofocal señaló inmediatamente hacia el final de la galería mientras los medidores se ponían a tope. Era como si se hubieran vuelto locos.

—Marx, hemos encontrado algo importante, no te quepa duda.

—Pero ¿qué puede ser? —inquirió Irka, vivamente interesada.

—No lo sé, parece un yacimiento de metal, pero por la luz que vemos, o se han dejado alguna potentísima luz encendida, o ahí hay algo que puede ser peligroso, algo que quizá fuera mejor medir con un contador Geiger.

—¿Crees que correremos riesgo si avanzamos? —le preguntó Mark.

—Pues, no he traído ningún Geiger, pero podría ser que algún tipo de radiación resultara dañino.

—¿Retrocedemos? —preguntó Irka.

—Yo no —se aventuró Marx— sigo adelante.

—Entonces, yo también —indicó Irka.

—Pues yo no me voy a quedar atrás —gruñó Cugan.

Siguieron avanzando y la luz se hizo más viva, de tal forma que se hicieron inútiles las linternas.

—No parece que haya calor en exceso —observó Marx.

Cugan asintió:

—No, no hay calor, la temperatura parece normal.

—Eh, mirad, aquí termina la galería y da paso a una sala.

Irka se adelantó, interesada. Al fin, llegaron a la sala que era grande, quizá habría que definirla como grandiosa. El techo era altísimo, tan alto que la nave espacial de Irka cabría perfectamente en pie, y quizá podría albergar otra nave igual encima.

Su radio, pues resultaba casi circular, tendría unos doscientos pasos y en las paredes se abrían otras galerías.

—¡Por el cinturón de asteroides! —exclamó Cugan asombrado—. ¿Qué es esto?

Irka se adelantó hacia el centro donde había algo en el suelo que despedía aquella intensa luz que iluminaba la gran sala en la que se hallaban.

—Cuidado, Irka, puede haber radiaciones nocivas —advirtió Marx.

—Parece que las radiaciones están controladas —estimó Cugan— y nuestros trajes pueden detener ciertas radiaciones.

Se acercaron al centro de la nave donde semejaba haber un gran ojo que despedía una luz muy viva, una luz que posiblemente no habrían soportado de no llevar puestos los yelmos, con los cristales filtradores de ultravioleta.

—Esto está frío —indicó Irka tocándolo con la mano.

—Cugan, tengo un presentimiento, a ver si tú lo confirmas.

—Suéltalo ya, Marx —respondió Cugan nervioso.

—Mira. —Marx sacó una pequeña navaja, trató de rayar con ella la gran piedra luminosa y no lo consiguió—. Parece un diamante sin tallar.

— ¡Marx, esto es una locura, si es un diamante jamás se ha conocido uno igual a éste! ¡Tendrá los quilates por millares, es fabuloso!

Por su parte Irka, impresionada por el hallazgo, opinó:

—Este diamante no se podría sacar entero, ya que las galerías son más pequeñas que él.

—Creo que nadie ha llegado a sospechar jamás qué pudiera existir un diamante de este tamaño —opinó Cugan mientras permanecía pensativo—. Han debido producirse aquí grandes presiones y una considerable masa de elemento carbono, ya en estado de minera, madera o bituminosas, se ha cristalizado. Habrá que realizar un estudio a fondo de este lugar.

—Esperad, esperad, lo importante no es el diamante que hemos encontrado.

Irka y Cugan miraron a Marx muy interrogantes. Fue la joven quien preguntó:

—¿Qué es lo importante?

—Lo que está debajo del diamante.

—Tienes razón, Marx. Sugestionado por esta piedra-no había reparado en que no refleja la luz de ninguna parte, sino que ésta procede de debajo de la gema. ¿Qué opinas que puede ser?

—El diamante no es lo que tu aparato ha detectado; el diamante no es un metal, obviamente, pero debajo sí hay metal y un metal luminoso.

—¿Qué clase de metal puede ser? —preguntó Irka.

Cugan se puso a manipular en su detector que parecía haber enloquecido. Al fin, exclamó:

—Tiene que ser una aleación extraña, una aleación de radio, uranio y algún otro metal radiactivo. Sin duda alguna, esto es una fuerte de energía, lo que no sé es lo que podría suceder si le quitáramos la tapa que es el diamante.'

—Pero, es una fuente de energía fría—observó Irka.

Marx, como acariciando el diamante con sus manos, dijo:

—Parece un tipo de energía controlable. Tengo la sensación de que hemos descubierto el núcleo de ¡a estrella enana que chocó contra el planetoide. Se produjeron terribles cataclismos, cambió la geofísica de este lugar y el volumen gaseoso de la estrella enana se dispersó, perdiéndose parte en el espacio y enfriándose el resto. Parece que el núcleo de la estrella enana, la verdadera pila de la estrella, quizá el catalizador energético que hacía que la estrella tuviera siempre energía viva, ha quedado incrustado aquí y en su día provocó grandes fusiones de minerales que en forma de lava abrieron las galerías por las que hemos pasado buscando. Las presiones y el calor de las masas ígneas consiguieron que se formara este diamante sobre el núcleo de la estrella enana.

—¡Esto es fabuloso! —exclamó Cugan vivamente impresionado—. Hemos encontrado el núcleo de una estrella enana, un núcleo sujeto en este subsuelo. Está como capturado, sólo hay que estudiar la forma de extraerlo, sea entero o a pedazos para aprovechar su energía.

—Si los seres de Karon hallaron esto, es fácil comprender que quisieran exterminarnos a Altea y a mí para quedarse con esta parcela y por tanto, con el yacimiento.

—El yacimiento te pertenece a ti, Irka —puntualizó Marx.

—No, a mí, no, a los tres, los tres hemos llegado hasta aquí.

—La parcela te fue otorgada a ti.

—Aun así, yo no habría llegado jamás hasta aquí de no venir vosotros acompañándome.

—¿Qué opinas tú, Cugan?

—Si ella lo pide… Después de todo, no sabemos la parcela que nos van a adjudicar en el sorteo, en cambio ésta ya sabemos que tiene algo importante que podemos repartir. No será fácil sacar esto de aquí, ignoramos los peligros que se pueden correr cuando se levante este grandioso diamante que sirve de tapa al núcleo de la estrella enana que chocó contra el planetoide.

Marx, algo más preocupado, preguntó a Irka:

—¿Tu delegada no se pondrá furiosa? Sabemos que a las hijas de Venus no se os permite asociaros con terrícolas ni con seres de Karon.

—Lo sé y asumiré lo que suceda. Los seres de Karon tampoco quieren asociarse con nadie, en cambio vosotros estáis más abiertos a la colaboración, aunque a las hijas de Venus se nos ha dicho que vuestro colaboracionismo no es más que una trampa para nosotras.

—¿Y tú lo crees?

—Me arriesgaré.

—Una chica valiente, muy valiente. Si tu delegada trata de llevar a cabo alguna represalia, nos lo dices.

Cugan inquirió:

—¿Qué autoridad concreta tiene la delegada sobre ti, Irka?

La hija de Venus no tuvo tiempo de responder; en aquel instante, se escuchó un espeluznante chillido que especialmente sobrecogió a Irka que no era la primera vez que lo oía.

—¡Allá! —exclamó Cugan, señalando una de las galerías.

—¡Por todos los demonios del cosmos! ¡Es una rata gigante! —rugió Marx.

—¿Qué hacemos?

—Tranquila —le pidió Marx.

Cugan observó:

—Es ciega, esa rata gigante es ciega.

—Quizá no ha salido nunca de este dédalo de grutas subsolares —dedujo Marx.

La rata gigante continuaba chillando, pero sólo asomaba la cabeza por la galería en la que acababa de aparecer. Sus incisivos eran tan grandes como el antebrazo de Marx.

—Esperad, esperad... Ella nos huele pero todavía no está segura de lo que somos porque no nos ve. Si nos viera, posiblemente se nos echaría encima y nos mataría —sentenció Cugan.

—Será mejor que huyamos —propuso Irka, terriblemente asustada por la presencia del roedor gigante que anidaba en aquel laberinto de grutas, donde podía haber más seres de aquella especie que constituían un peligro, pues sus chillidos no eran de terror sino de alerta.

Rápidamente, Cugan preparó el amplificador focal dirigiéndolo hacia la gran rata. Levantando un micrófono, pidió apremiante:

—¡Chillemos, chillemos los tres como hace ella!

Irka, Cugan y Marx chillaron fuerte y el amplificador dirigió sus chillidos hacia la galería por la que asomaba la cabeza del roedor gigante. Los chillidos que brotaban del amplificador eran terriblemente superiores a los que lanzaba la propia rata y se filtraban por todas las galerías, hallando espeluznantes ecos hasta en los más recónditos lugares, unos chillidos que llenaron como algo sólido la gigantesca sala subsolar en la que permanecía siempre abierto y luminoso el ojo de diamanté que ocultaba el gran poder de energía solidificada.

La rata, aterrada, retrocedió y desapareció corriendo por las galerías, posiblemente ante lo que creía un enemigo muy superior a ella misma, pues sus ojos ciegos nada veían.

—Ha funcionado bien tu chisme, Cugan.

—Lo sabía, Marx, pero habrá que andarse con cuidado. Es posible que haya más ratas de esas.

—¿Cómo es posible que haya una rata tan gigantesca' —se preguntó Irka, estremecida.

Marx señaló el diamante que cubría la fuente de energía.

—Eso puede emitir radiaciones que tendremos que medir y controlar y que quizá han afectado a los genes de las ratas, mutándolas.

—Pero ¿cómo pudieron sobrevivir a lo que aquí sucedió? —inquirió Irka.

—Las ratas tienen un elevado tanto por ciento de supervivencia donde otros seres sucumben. Pueden permanecer escondidas en agujeros insospechados cuando ocurre una tragedia, un cataclismo telúrico, y luego reaparecer como si nada hubiera pasado. Además, ellas comen de todo. Es posible que en el subsuelo de este planetoide (que fue rico en vegetales y animales) haya depósitos de algún tipo de alimento que ellas se han acostumbrado a consumir. Es sorprendente, pero donde se cree que no hay vida, siempre puede aparecer una rata, una cucaracha o una hormiga, seres que se ocultan siempre en el subsuelo. Vámonos ya, estudiaremos mejor todo esto y veremos la forma de eliminar a esas ratas gigantes. La próxima vez vendremos armados, nos den permiso o no para conseguir armas, aunque nos las tengamos que construir nosotros mismos. ¿No es cierto, Cugan?

—No será difícil construir algunos láser y cañones de ultrasonido.

Dejaron las galerías bien marcadas para volver a encontrarlas en la siguiente ocasión y regresaron a la salida donde aguardaba el *hovercraft.* Marx Fisal pidió:

—Esperad.

—¿Qué buscas, Marx? —le preguntó Irka.

—Posibles huellas de los seres de Karon, ahora yasabemos qué es lo que puede interesarles de este lugar.

Buscó huellas sin encontrarlas y al fin, dijo:

—Subamos al vehículo, ya podemos marcharnos.

—La verdad es que tengo hambre y ganas de dormir —dijo Cugan exhalando un suspiro. Estaba fatigado, lo mismo que Irka y Marx Fisal, ya que habían caminado muchas millas por el interior de las grutas del planetoide.

El *hovercraft* nuclear, produciendo su característico y ligero silbido, se alejó del lugar en dirección a la colonia del planetoide. Había que prepararse y pertrecharse mejor para regresar a aquellas grutas.

CAPITULOVIII

El rostro de la delegada de las hijas de Venus en el planetoide AP-16 se había endurecido extraordinariamente. Sus ojos gélidos parecían dispuestos a no dar piedad a Irka que era quien estaba delante, al otro lado de la mesa.

—Irka, te has puesto al margen de nuestras leyes.

—No es cierto, yo no he cometido ninguna transgresión a las leyes de las hijas de Venus ni a los acuerdos para la exploración y explotación de este planetoide.

—¿Ah, no? ¿Y el pasear a solas con un terrícola?

—Eso no está penado en nuestro código—puntualizó Irka, sin apabullarse ante la delegada—. Desde niñas nos han cincelado el cerebro diciéndonos que los terrícolas son como demonios de los que no debemos fiarnos; luego, de mayores, la situación se suaviza diciendo que es una recomendación, no un delito.

—Sin embargo...

Irka no la dejó proseguir.

—No hay "sin embargo". Usted no atendió a cuanto le expuse; acababa de ser asesinada una hija de Venus y no hizo, el menor caso.

—Eso no es cierto, Irka, sólo te dije que debía investigar. Una denuncia como la que pretendías habría provocado un conflicto interplanetario que nadie desea.

—De todos modos, elevaré mi queja a nuestro gobierno. En cambio, los terrícolas se han ofrecido inmediatamente para ayudarme.

—Has hecho mal confiándote a los terrícolas, has despreciado mi presencia como delegada.

—No me dejó otra alternativa y así lo expondré en mi informe, es más, especificaré que me he visto obligada a asociarme con terrícolas para salvar mi vida que corría peligro.

—¡Eso tampoco es cierto!

—Ya lo creo que es cierto. Un terrícola me salvó la vida recogiéndome en el desierto y luego, han investigado en el lugar

donde se cometió el crimen.

—¿Y qué han encontrado?

—Restos del metal que perteneció a mi vehículo.

—¿Son pruebas físicas?

—No creo que puedan ser utilizadas como tales.

Con sarcasmo, la delegada preguntó:

—¿Cuál es la ayuda, entonces? Sí los terrícolas tampoco han encontrado pruebas, ¿qué podría hacer yo?

—Encararse con el delegado de Karon y exigir responsabilidades por su crimen, pero veo que por miedo o por lo que sea, no puedo confiar en mi delegada y si me preguntan algunas otras hijas de Venus por qué me he asociado con terrícolas, les diré exactamente lo que pienso.

Irka abandonó el despacho sin darle opción a explotar su ira ante lo que la delegada podía estimar como una rebelión de la joven. El máximo peligro que podía correr una hija de Venus, según su mentalidad, era caer en manos de un terrícola que la dominaría y sometería a través del amor e Irka era tan hermosa que resultaba lógico que los terrícolas se fijaran en ella y codiciaran su persona.

Irka estaba malhumorada; se había enemistado de forma irreversible con su delegada y se daba cuenta de que aquello le traería problemas. A partir de ese momento, todos los trámites que ella tratara de llevar a cabo se verían dificultados e incluso era posible que la delegada cursara una denuncia en su contra bajo cualquier pretexto para que la policía de las hijas de Venus la arrestara, trasladándola luego a Venus.

Era consciente de cuanto podía sucederle por la posición tomada, mas no fue presa del miedo, sólo la hizo temblar una cosa y fue el recuerdo del beso del terrícola. Le habían contado muchas cosas sobre los terrícolas machos, del veneno que llevaban sus caricias; pero a ella le había parecido un veneno muy agradable, un veneno que ya no podría olvidar, un veneno que si en el momento de recibirlo la había turbado, ahora le sabía a poco, a muy poco.

Deseaba regresar a su nave donde disponía de todas las comodidades, pero prefirió no darse prisa. En realidad no quería estar

sola, por ello se encaminó al club.

Un poco de música, algo de bebida y la charla con algunas compañeras le haría bien en aquel momento de tensión después de enfrentarse con la delegada. Estaba segura de que a Marx y a Cugan no iba a encontrarlos en el club, pues estarían preparándose para un nuevo viaje a las grutas que permitiera una completa valoración del hallazgo.

Irka no había hablado en absoluto a la delegada de lo que habían encontrado; había preferido no hacerlo, ya que entonces habría considerado su asociación con los terrícolas como una traición al pueblo de las hijas de Venus, aunque la propia Irka no lo considerara de tal forma, ya que cuando se había comprometido a explorar, investigar y explotar algún yacimiento si lo hallaba, iba a realizarlo de forma totalmente particular, sin depender de su gobierno.

Tomó asiento en una butaca frente a una mesita en donde le fue servido un combinado.

En el escenario se hallaba instalada la pantalla gigante y se pasaban unos informativos en tres dimensiones y a color que lo mismo hablaban de Karon que de la Tierra o Venus, procurando ser objetivos, pues quienes acudían al club pertenecían a los tres planetas.

Ninguna venusina se le acercó. Irka tuvo la impresión de que habían comenzado a hacerle un vacío provocado por alguna orden de la delegada. Su acercamiento a los terrícolas sería considerado una traición a sus principios que rechazan al varón por déspota y opresor de las mujeres.

Intentó interesarse en los informativos para alejar de su mente las preocupaciones.

Quedó sorprendida al ver que un karonita no pasaba de largo junto a su mesa, sino que se sentaba frente a ella.

—Hola, Irka, pareces muy pensativa.

La voz cavernosa y grave del ser de Karon no era lo que más la impresionaba y sí aquellas mandíbulas tan bien armadas por los colmillos que sobresalían. Irka, que no se había acostumbrado a identificar a un ser de Karon de otro porque todos le parecían iguales, máxime cuando rehuía observar sus rostros que la angustiaban, se lo quedó mirando con fijeza.

—No le he pedido que se siente aquí.

—No, claro, una hija de Venus nunca le pediría tal cosa a un ser de Karon, no somos tan hermosos como los terrícolas, ¿no es eso?

—Prefiero no hablar ahora, pero no soy segregacionista.

—Todos lo somos un poco, queramos o no, máxime cuando hay diferencias ostensibles. La piel, el rostro, muchas cosas de los seres de Karon son diferentes a ustedes, las hijas de Venus que no dejan de ser terrícolas, pues de esa civilización proceden.

—No sé si me he explicado bien, pero no tengo deseos de charla.

—Un momento, no creo que me haya identificado.

—¿Y eso tiene importancia?

—Soy Gorgi.

—¿Gorgi? Pues sí, he oído hablar de usted.

—Lo sabía, todos han oído hablar de mí.

—Sé que tiene una parcela adjudicada, pero no suele ir personalmente; parece que tiene empleados que trabajan para usted.

—A mí me gusta trabajar con método y orden. Nosotros, los seres de Karon, no somos tan anárquicos e individualistas como los terrícolas. Ustedes, las hijas de Venus, trabajan más en equipo que los propios terrícolas, que son muy aventureros.

—¿Qué pretende, Gorgi, que hable mal de los terrícolas?

—No, claro que no, con los terrícolas hay que andarse con cuidado.

—Yo opino que de quién no debo fiarme es de ustedes, los seres de Karon.

—Creo que deberíamos dejar a un lado animosidades más o menos personales y hablar de negocios.

—¿Negocios?

—Sí, yo podría buscar investigadores para su parcela y no necesitaría arriesgarse en ese trabajo.

—Me da la impresión de que usted pretende hacerse con el control personal de las parcelas y eso queda prohibido en los acuerdos tripartitos. Si mal no recuerdo, ningún gobierno podrá explotar como gobierno un yacimiento, se hará en forma privada.

—Yo no soy el gobierno de mi planeta —puntualizó Gorgi.

—Tampoco nadie podrá monopolizar varias parcelas, a este respecto hay un articulado muy riguroso. Cada grupo de exploración es independiente de los demás y no habrá intereses asociados entre distintas parcelas.

—Veo que se ha aprendido bien el articulado de los tratados que regulan la investigación y explotación del planetoide.

—Es que me gusta estar dentro de la ley. —La ley, en ocasiones, se puede bordear. —No me extraña oír esas palabras en boca de un ser de Karon.

—Posiblemente recela de nosotros, pero nosotros también podemos ser suspicaces. A usted se la ha visto con unos terrícolas. ¿Acaso van a unir parcelas para explotarlas en conjunto, lo que por otra parte estaría prohibido?

—No tengo por qué darle más explicaciones, Gorgi, usted y yo no tenemos nada de qué hablar —cortó Irka, que no creyó oportuno acusar a Gorgi de ser uno de los asesinos de Altea. Aquel crimen que había estado a punto de alcanzarla a ella también podía ser obra de algunos individuos concretos o de un plan más vasto en el que podía estar implicado el propio Gorgi.

No tenía más deseos de hablar y menos con Gorgi, por ello se dirigió a las escaleras automáticas abandonando el club. Desde las escaleras pasó al túnel que se ramificaba bajo el astródromo y que estaba provisto de las sillas ambulantes. Sólo tenía que dar un saltito y quedaría sentada en una de las sillas que colgaba de las guías sujetas a la pared y que se desplazaban con un monótono y suave tric-trac, tric-trac debido al buen engrase de los mecanismos.

El túnel tenía focos de trecho en trecho que lo iluminaban perfectamente. Deseaba llegar cuanto antes a su nave, se daría un baño burbujeante y después, se acostaría. Había acordado con Marx y Cugan que ellos la llamarían.

Observó que se acercaba a un trecho del túnel que se veía oscuro, posiblemente por el deterioro de las luces. Como la oscuridad no era

total, vio unas sombras y dedujo que podía tratarse de alguien que quería tomar las sillas ambulantes o quizá pertenecía al equipo de mantenimiento del astródromo, que ya estaba reparando las luces.

No le concedió mayor importancia, pero al llegar casi a su altura y pese a la escasa luz, comprobó que eran tres y todos ellos seres de Karon. Deseó que la silla fuera más rápida para alejarse de ellos, mas uno extendió la mano, la agarró por el brazo y tiró violentamente.

—¡Aaaagg! —gritó Irka que se vio materialmente arrancada de la silla.

—¡Quieta! —le ordenó uno de los seres de Karon.

Irka quiso luchar y estaba preparaba para hacerlo, en la educación de las hijas de Venus se incluía la lucha personal, mas sólo consiguió hacer caer a uno de los seres de Karon mientras el otro pulverizaba su rostro con un narcótico del cual la joven no pudo escapar pese a intentarlo.

Se tambaleó y la silla que seguía a la que acababa de

utilizar, le dio un golpe, empujándola contra la pared y haciéndola caer.

—¡Socorro, socorro!

Trató de emplear el transmisor sujeto a su cinturón mas se lo arrebataron de las manos. Cayó al suelo y fue perdiendo el sentido hasta que se sumió en una impenetrable oscuridad.

La última angustia que tuvo era la de que iba a ser asesinada como Altea, que la reducirían a cenizas y luego éstas serían esparcidas de forma que jamás se volviera a saber de ella. Un nombre acudió a su garganta-

—¡Marx!

CAPITULOIX

—¿No podíamos haber esperado a mañana? —preguntó Cugan molesto.

—No —replicó Marx Fisal—. Había que hacer este trabajo cuanto antes, debemos controlar toda el área. Después de lo que hemos descubierto, comprendo el interés de los que atacaron a las hijas de Venus.

Cugan miró en derredor. Todo eran tinieblas a excepción de las luces que llevaban en sus yelmos, que ahora no les eran necesarios para evitar los rayos ultravioleta porque era de noche. Las luces del *hovercraft* que les había traído a la parcela de Irka también permanecían apagadas.

—He estudiado las fotografías de esta zona y ya verás como distribuiremos bien las telecámaras automáticas.

—Como descubran alguna, no caerán en la trampa.

—Es un riesgo que hemos de correr. Si alguien aparece por aquí, las telecámaras se pondrán en marcha automáticamente y grabarán en videotape lo que ocurra. Hemos de obtener pruebas para denunciar las acciones de los seres de Karon.

—De acuerdo, de acuerdo, pero ahora que no se les vaya a ocurrir a esas ratas gigantes aparecer por las cuevas. Ellas son ciegas y pueden desenvolverse bien en la oscuridad.

—Esperemos no encontrárnoslas; por si acaso, ten listo ese pequeño láser que te has fabricado.

—No es un arma excelente, pero para enfrentarse a una rata, servirá.

—Eso espero.

Anduvieron entre las rocas, buscando los puntos idóneos para colocar las telecámaras autónomas, de forma que no fueran descubiertas por los karonitas si volvían a acercarse por aquel lugar en el que oficialmente nada tenían que hacer.

—¿Qué te parece, Cugan?

—Que si no las descubren, los podremos grabar.

—Eso espero. Este es el yacimiento más importante jamás hallado, ni más ni menos que el núcleo sólido de una estrella enana. Si logramos dominar esa energía, tendremos la fuente energética más importante. '

—¿Y a quién se la venderemos?

—Lógicamente, la venta tendrá que ser repartida para que nadie se haga más poderoso que los demás. Me gustaría equivocarme, pero es posible que tengamos muchos problemas.

—Lo que sí es seguro es que ahora podremos conseguir la mejor nave, nos darán crédito en seguida.

—Despacio. Cugan, despacio, todavía no está todo en orden. Ahora hay que regresar a la colonia y renunciar al sorteo antes de que nos vayan a adjudicar otra parcela.

—Pues vamos. ¿Habrá preparado ya Irka los documentos de nuestra asociación?

—Supongo que sí, pero no hay por qué darle prisas.

—¿Y si se arrepiente de lo dicho? —preguntó Cugan, ya junto a las puertas del *hovercraft.*

Montaron en el vehículo mientras Marx respondía.

—Pediremos otra parcela para nosotros y algo encontraremos.

—Y lo dices tan tranquilo. ¿Sabes lo que perderíamos?

—Lo que todavía no nos pertenece, Cugan. La vida hay que tomársela como un juego para no hacerse mala sangre cuando algo sale mal.

Se encendió el gran faro del vehículo como un ojo luminoso en mitad de la noche absoluta del planetoide por carecer de satélite natural. Regresaron a la colonia sin dar rodeos y se dirigieron a la oficina de adjudicación. Observaron que acomodadas en las butacas para espectadores había varias personas, entre ellas hijas de Venus, karonitas y algunos terrícolas. Marx reconoció de inmediato a uno de los presentes, era Gorgi, quien le dijo:

—Tenemos que volver a jugar póquer, terrícola, me debes la revancha.

—Cómo no, cuando nos veamos en el club echaremos una partidita.

—¿Para jugar fuerte? He oído rumores de que no andas muy bien de fondos.

—No hagas demasiado caso a los rumores, puedes llevarte una sorpresa.

Tras estas palabras, Marx Fisal se acercó a la mesa del sorteo presidida por los tres delegados. Cugan permanecía callado, dejaba que Marx hablara.

—Se han retrasado unos minutos —le dijo la delegada de las hijas de Venus que se había colocado frente al bombo metálico, sencillo, casi primitivo pero siempre efectivo y poco manipulable para hacer trampas con él.

—No es necesario que se celebre el sorteo —dijo Marx.

Todos se le quedaron mirando, pero quien se puso verdaderamente pálida fue la delegada de Venus.

—¿Quiere decir que renuncia a su derecho de poseer una parcela para explorar, investigar y explotarla si llega el caso?

—Sí.

—Entonces, ¿a qué han venido aquí? —preguntó el delegado terrícola con expresión perpleja.

—Pues, hemos venido como todos, a hacer fortuna trabajando, buscando yacimientos.

—En ese caso, no se comprende que renuncien a la adjudicación de una parcela —objetó ahora el delegado de los seres de Karon.

—Según las normas, está prohibido que se asocien dos o más propietarios de parcela, pero no especifica nada respecto a asociarse con otro que ya la tenga,puesto que el límite de personas que pueden explotar una sola de las parcelas es de cinco.

—¿Debemos suponer que prefieren asociarse con alguien? —preguntó el delegado terrícola.

—Sí.

La delegada de Venus inquirió:

— ¿Puede saberse con quién se asocian?

Marx Fisal la miró a los ojos y comprendió que la delegada venusina le estaba odiando visceralmente.

—Lo siento, ya lo sabrán cuando presentemos la documentación correspondiente. Todo será perfectamente legal, no tienen por qué preocuparse.

—Bueno, pues ya no necesita sacar la bolita —dijo Cugan con algo de sorna, tratando de romper la tensión que se había creado. A todos parecía molestarles lo que había ocurrido.

—Ya hablaremos de todo esto, Marx Fisal —rezongó el delegado terrícola.

—Sí, claro —aceptó Marx sin darle mayor importancia. Se disponía a marcharse cuando Gorgi, que se había levantado de su butaca, preguntó abiertamente:

—¿Estás seguro de que te conviene despreciar la parcela que puede serte adjudicada?

—Sí.

—Yo no estaría tan seguro; iría a lo mío y dejaría a los demás en paz, cada cual con sus cosas.

—Hablas como si supieras mucho más que los delegados.

—Gorgi siempre tiene las orejas abiertas a todo lo que sucede —concretó refiriéndose a sí mismo.

—Pues a mí me parece que las cosas no están demasiado claras en el planetoide.

—¿Eso es una acusación? —preguntó Gorgi, con una suficiencia y un sarcasmo que no pasó desapercibido a nadie. Gorgi sabía que era temido en la colonia y ello le complacía.

—Creo que aquí hay crimen y corrupción.

—¡Marx Fisal! —interpeló tajante el delegado terrícola. Cuando Marx se hubo vuelto hacia él, prosiguió—:No vamos a consentir ninguna acusación que no esté fundamentada en hechos probables.

—Cuando tenga esas pruebas, las entregaré, no lo duden. Vamos,

Cugan, aquí ya no tenemos mucho que hacer.

Ya fuera de las oficinas, Cugan observó:

—Has sido un poco duro.

—No he podido aguantarme. Ese Gorgi me revienta y no me extrañaría que fuera él quien lleva todo este sucio asunto.

—A mí también me ha dado esa impresión.

—Si tiene que ver ya le cazaremos; ahora, vamos a descansar, mañana tendremos muchos trabajo.

—Bueno, yo me quedo un poco en el club, estoy cansado, pero ya descansaré en una buena butaca.

—De acuerdo, haz lo que quieras. Yo iré a nuestra nave y pondré en marcha por control remoto las telecámaras autónomas.

—De acuerdo, ya nos veremos.

Se separaron. Marx Fisal, a través de los túneles del astródromo, se dirigió a su nave. En el recorrido no observó nada anormal, sólo los focos que estaban a oscuras.

Ya en su nave, puso en marcha el control remoto de las telecámaras que permanecerían vigilantes por si alguien se acercaba a la parcela de Irka. Se dispuso a cenar y comprobó que el frigorífico estaba vacío. Quedó un tanto pensativo. Habían consumido los alimentos más aprisa de lo previsto. Debían de tener más en la despensa de la nave, pero Marx no tuvo deseos de realizar en aquel momento toda la operación de traslado. Optó por tomar su *hovercraft* y dirigirse a la nave de Irka, diciéndose:

—Irka me dará de cenar, no creo que le moleste. Así podremos charlar y le explicaré el plan de las telecámaras que ella desconoce.

Llegó al pie de la nave de Venus. Abandonó su vehículo y subiendo por la aleta de popa, llegó a la plataforma del elevador exterior.

La plataforma circular ascendió rápida y al fin se detuvo frente a la puerta cerrada.

Al alcance de su vista quedaban las naves estacionadas en el amplio astródromo de la colonia, naves que esperaban ver llenadas sus bodegas antes de partir de retorno a Karon, Venus o la Tierra, naves

que habrían de regresar con el cuerno de la diosa fortuna, para ello habían realizado tan largo viaje a través del cosmos antes de arribar al planetoide de la aventura, AP-16.

Las luces artificiales iluminaban el astródromo y las naves poseían luces de posición que las señalizaban. Algunas naves tenía sus luces interiores encendidas y por los cristales de sus miradores se esparcía esa luz, semejando inquietantes ojos abiertos a la noche, ojos de grandes monstruos de acero y cristal que permanecían inmóviles, al acecho, algunos como enormes batracios a la espera de que pasara algún volador al alcance de su lengua pegajosa para capturarlo.

Otros ojos semejaban mirar al cielo plagado de estrellas, miríadas de puntos luminosos que semejaban tener frío, porque había algo de lloroso en cada uno de aquellos puntitos.

Desde aquella plataforma elevadora se sentía casi la misma impresión que viajando por el universo. Se podía ver la grandiosidad del cosmos sin atmósfera que perturbaba la visión, aquella atmósfera que durante el día se tornaba azul y por la noche parecía no existir. Se hacía como transparente y dejaba ver las estrellas, los planetas. Era como si durante el día estuvieran obligados a mirar el suelo como gusanos porque el cielo íes estaba vedado y cuando llegaba la noche, podían abrir los ojos para contemplar el universo en toda su infinita grandeza, como si una gran bóveda en forma de cortina se descorriera para que los humanos pudieran ver.

Y para los cosmonautas, ver las estrellas brillando en derredor era algo vital, imprescindible. Podían leer en las estrellas, en su brillo, en su colocación y de este modo saber exactamente dónde se hallaban sin necesidad de consultar los ordenadores.

Apoyó su mano en el pulsador-llamador y aguardó.

Había dejado su yelmo en el *hovercraft,* de noche no existía el peligro de los rayos ultravioleta que durante el día barrían el suelo del planetoide, matando todo vestigio de vida que no estuviera protegido.

Sacó su pitillera y de ella un cigarrillo que puso entre los labios. Le prendió fuego con el encendedor micronuclear que poseía llama y aspiró con fruición, llenando sus pulmones con aquel humo de tabaco que no era tóxico ni tenía posibilidad de ser canceroso. Para algo había avanzado la técnica profiláctica para los bienes de consumo.

No obtuvo respuesta a su llamada, no se escuchó la voz de Irka y tampoco se abrió la puerta, por lo que Marx Fisal decidió volver a

pulsar el llamador.

Ante la ausencia de respuesta, terminó por fruncir el ceño.

Se quedó mirando la puerta cerrada como si quisiera ver a través de ella. Sabía que aquella puerta sólo se abría desde el interior, a menos que dispusiera de la tarjeta personal de la propia Irka, que introduciéndola en la ranura franqueaba automáticamente la entrada.

Dedujo que podía hallarse profundamente dormida tras haber ingerido algún somnífero sin efectos secundarios o simplemente que estaba ausente.

Algo decepcionado, hizo que el elevador descendiera nuevamente hacia la aleta que servía de pata y mantenía la nave erguida y fálica, apuntando al cielo estrellado.

CAPITULOX

Irka escuchaba un zumbido que se metía a través de sus oídos, hacia el cerebro y semejaba aturdiría cuando en realidad estaba despertando. Era como si tuviera la cabeza metida en una colmena de abejas que amenazaran con atacarla de un instante a otro mientras revoloteaban en torno a su rostro, a su cráneo, batiendo las alas de aquella forma que sólo los insectos podían conseguir.

De súbito, como si se hubiera soltado un resorte que sujetara sus párpados, estos se abrieron para dejar al descubierto sus grandes y bellísimos ojos.

—Ha despertado —dijo una voz grave muy cerca de ella, una voz que por lo cavernosa sólo podía brotar del fondo de una garganta karonita.

Frente a ella apareció un ser de Karon muy fornido, despedía poder por toda su anatomía y también, mejor diríase despotismo.

—¿Te encuentras bien, Irka?

Había mucho sarcasmo en la pregunta del ser de Karon.

— Gorgi.

—Bueno, bueno, parece que ya nos vas diferenciando a unos de otros. Todos los seres de Karon no somos tan iguales como una gota de agua a otra.

Irka se hallaba sentada en una butaca anatómica, pero cuando quiso levantarse observó que no podía hacerlo. Sus manos estaban sujetas con correas a los apoya-brazos de la butaca y el resto del cuerpo, inmovilizado por los atalajes que ordinariamente servían para capear situaciones de emergencia de la nave. Forcejeó pero le fue imposible liberarse.

—¡Suélteme!

—Sí, claro que sí, hay que complacer a una hija de Venus.

—¡Pues quíteme ya estas correas!

Gorgi, que no estaba solo, pues tenía cerca de él a otros secuaces suyos, todos seres de Karon, seguía con su sarcástica suficiencia.

—Te soltaré cuando me des algo a cambio.

—¿A cambio?

—Sí.

—¿El qué?

—Es sencillo y te evitará complicaciones. Sólo quiero el tarjetón-ficha rellenado con la renuncia a la parcela que te fue adjudicada. Si luego quieres participar en otro sorteo, puedes hacerlo, a mí no me importa. Las hijas de Venus siempre son agradables a la vista, aun a los ojos de los seres de Karon que somos tan distintos.

—¿Renunciar a mi parcela?

—Sí.

—¡Jamás!

—Oh, parece que no quieres comprender.

—Comprendo muy bien, comprendo que quiere quitarme la parcela que me pertenece.

—¿Te das cuenta de que no estás en posición de fuerza?

—Me doy cuenta de que he sido secuestrada, pero todas sus fechorías no quedarán impunes.

—Eso sólo son palabras, Irka, palabras, lo que importan son los hechos y los hechos están claros. Estás aquí, eres mi prisionera, y sólo recuperarás la libertad renunciando a tu parcela.

—¿Y si no lo hago?

—Lo harás —repuso tranquilo, muy seguro y casi parsimonioso, como si el tiempo no contara para él.

—¿Y si no cedo? —insistió Irka.

—Tenemos formas para obligarte a ceder y será unapena que te sometas a esas formas para acabar cediendo. Puedes evitarte muchos disgustos.

—¿Tortura?

—Es una palabra fea, pero si quieres emplearla...

—Resistiré.

—Muy valiente, pero seguro que no tendrás la misma firmeza al paso de las horas.

Irka sintió la tenaza del miedo apresándole las vísceras, helándole los pulmones, frenando la circulación de su sangre; sin embargo, hizo un esfuerzo y se repuso.

—No me doblegará.

—Eso dicen todos al principio. Luego, los minutos pasan y las actitudes cambian. —Se volvió hacia uno de sus hombres y ordenó—: Ponle los electrodos.

—En seguida.

Irka quiso escapar, mas no lo consiguió. Entre dos de los secuaces de Gorgi le fueron colocando electrodos en el cráneo de los cuales partían unos cables que iban a parar a una máquina que Irka no alcanzaba a ver. Sin dejarse arrastrar por el pánico, silabeó:

—Me destruirá pero no me doblegará.

—Tranquila, no es preciso que te exaltes. No voy a dañarte por el momento, no lo haré hasta que me vea obligado a ello.

—¿Para qué me ha colocado estos electrodos?

—Voy a hacerte unas preguntas e irás respondiendo. Simple, ¿verdad?

—Comprendo, quiere ver qué hay dentro de mi mente.

—Algo así.

—¡No le daré información! —advirtió Irka desafiante.

Gorgi no parecía molestarse por las palabras de la joven, estaba muy seguro de lo que iba a conseguir.

—¿Tienes miedo al dolor físico?

—¡No responderé! —insistió Irka.

Gorgiprosiguió sin importarle la respuesta.

—¿Qué tal te sentaría una corriente eléctrica aplicada a los pezones? Los tienes grandes y seguramente muy irrigados de sangre.

—¡Cerdo!

—Estoy seguro de que cederías si te aplicáramos unas inyecciones subcutáneas de ácidos. Comenzaría a corroer la carne bajo la piel y eso no deja huellas aparentes.

—¡No diré nada, nada!

—Claro que, en vez de ácidos, se pueden poner cáusticos…

—No meterá el miedo en mi cuerpo.

—¿No? Si ya estás muerta de miedo, pequeña. Piensa que con los electrodos puedo producirte un dolor insoportable en el cerebro, poco a poco, matando célula a célula hasta que en medio de intensísimos dolores te vuelvas idiota. Perderás tus facultades intelectuales, quedarás estúpidamente inválida.

—¡No, le descubrirán, seguro que sí, y yo no le habré dado mi renuncia!

—Te encontrarían vagando por el desierto, sin yelmo de protección, y se daría una fácil explicación médica a lo que te sucediera en el cerebro: Atacada por los rayos ultravioleta por no llevar el yelmo de protección.

—No le daré el tarjetón y si me vuelvo idiota, nada conseguirá.

—Tengo unos cilindros de cristal; cabrías perfectamente dentro con las manos pegadas a lo largo del cuerpo sin poderte mover. El cilindro se iría llenando de agua poco a poco, lentamente, hasta llegar a la boca, pero lo justo para que fueras tragando agua y más agua cada vez que abrieras la boquita. Es un método bastante convincente. Se tapa la nariz con unas pinzas y cada vez que se abre la boca, se traga agua y el nivel a subir automáticamente hasta que la boca queda cubierta de nuevo. Es una tortura que puede prolongarse horas y horas mientras se traga agua.

—Puede comenzar a torturarme cuando le apetezca.

—Ah, se me olvidaba decirte que ese cilindro tiene una resistencia

calefactora que va calentando el agua grado a grado hasta que la temperatura se hace insoportable. El límite es la ebullición del agua. Qué pena que un cuerpo tan hermoso y joven quedara cocido.

—¿Tiene más torturas en su repertorio de sádico para tratar de asustarme?

—Sí, dispongo de muchas más, claro que sí, sólo se trata de elegir la más conveniente.

—¿Y no se ha decidido todavía?

—No.

—¿Cuándo se decidirá?

—No tengo prisa, todo llegará. La verdad es que conozco a una hija de Venus, que, según me contó, lo que más la asustaba era caer en manos de un macho terrícola, un maníaco sexual.

—Tonterías.

—Estás muy segura, pero ¿y si te encontraras frente a un animal que fuera a devorarte?

—¿Tendría que llevarme a otro planeta o sería usted mismo que con sus fauces de grandes colmillos trataría de devorarme?

—No estaría mal, no estaría mal... No he probado nunca la carne de las bellas hijas de Venus. Es posible que sea tierna y exquisita, claro que si apareciera un gran roedor con sus incisivos...

—¡No conseguirá mi renuncia! Si yo muero...

—Se haría una investigación de tu muerte, claro que sí. Todo se retrasaría un poco pero luego, a la larga, la parcela quedaría libre de nuevo.

— ¡No lo conseguirá nunca, nunca! Están los terrícolas.

—Ellos han renunciado a su sorteo.

—Claro, porque son mis socios ahora. Aunque yo muera, ellos tendrán los derechos sobre la parcela y lo que se pueda obtener de ella.

—No soy tan imbécil. Sé perfectamente que aún no están

oficializadas las tarjetas de asociación de los terrícolas, de modo que por el momento sólo son futuros socios, nada más. Si tú mueres, ellos tendrán que participar en el sorteo si quieren tener parcela, no podrán heredar la parcela que te fue adjudicada a ti. No es todo tan sencillo como parece, hay unas normas y estoy seguro de que la delegada de las hijas de Venus las apoyará con pasión.

—Trata de desmoralizarme para salirse con la suya, pero no lo conseguirá y lo sabe.

—Eres muy orgullosa y altiva, como todas las hijas de Venus, pero ahora soy yo quien tiene el poder. —Volviéndose hacia uno de sus secuaces exigió—: La gráfica.

Se escuchó el rasgado de un papel y uno de los karonitas se acercó a su jefe alargándole una cinta de papel en la que habían multitud de rayas. Gorgi las escrutó con atención mientras a su vez era observado por Irka que continuaba sujeta a la butaca anatómica, con los electrodos sujetos a su cráneo.

—Hemos terminado —dijo, muy satisfecho.

—¿Terminado, qué es lo que ha conseguido? —preguntó Irka vivamente interesada pero con el miedo bailando en la nuez de su garganta mientras notaba que se le secaba el paladar

—Ahora ya sé lo que tengo que hacer exactamente para que renuncies a la parcela.

—¿Quiere decir que ya sabe lo que va a hacer conmigo?

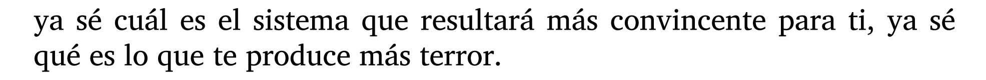
—Sí.

—¿Se lo ha dicho la máquina?

—Sí.

—¿Cómo?

—De una forma muy sencilla. Yo iba haciendo preguntas o sugerencias y tú pensabas con tranquilidad, con seguridad o miedo. El miedo es algo que no podemos evitar, unas cosas nos producen más terror que otras y nuestros impulsos nos delatan. Esos impulsos íntimos que tratamos de que no se reflejen en nuestro rostro no se pueden evitar en nuestro cerebro, en el corazón. Todo queda registrado gracias a los electrodos de alta sensibilidad, de modo que


ya sé cuál es el sistema que resultará más convincente para ti, ya sé qué es lo que te produce más terror.

—¿Ah, sí, y qué es?

—Pronto lo sabrás. —Volviéndose hacia sus secuaces, ordenó—: Podéis quitarle los electrodos, pronto será de una mansedumbre total y absoluta.

— ¡Nunca! —gritó la muchacha que se sentía como despojada de su intimidad y en manos de aquellos seres carentes de piedad.

CAPITULOXI

Cuando Cugan se levantó, aún le dolía la cabeza. Gruñó, se fue al cuarto de aseo y cuando salió, todavía estaba mojado por la ducha. Movió la nariz como un conejo olfateando el aire y se acercó al habitáculo comedor-cocina.

—Eh, Marx, ¿has preparado algo bueno? Huelo a café natural.

—No te iba a preparar café sintético.

—Claro que no. Uf, todavía me duele la cabeza, creo que bebí demasiado en el club.

—Sí, eso parece por tus ojeras, No eres tipo de mucho beber, tendrías que controlarte.

Cugan tomó la taza de café que Marx le había preparado y bebió un poco antes de quejarse.

—La culpa fue de una de esas bebidas artificiosas, no sé cómo dijeron que se llamaba. Era un invento de los de aquí, le ponen piedras y todo.

—¿Piedras, quieres decir hielo?

—No, piedras. Creo que parte de las mismas se disuelven y dan fuerza a la bebida, por eso será que tengo tanto dolor de cabeza.

—Anda, tómate el café y un poco de la eterna aspirina, como ya hacían los griegos de la antigüedad clásica.

—¿Es cierto que los griegos tomaban aspirina?

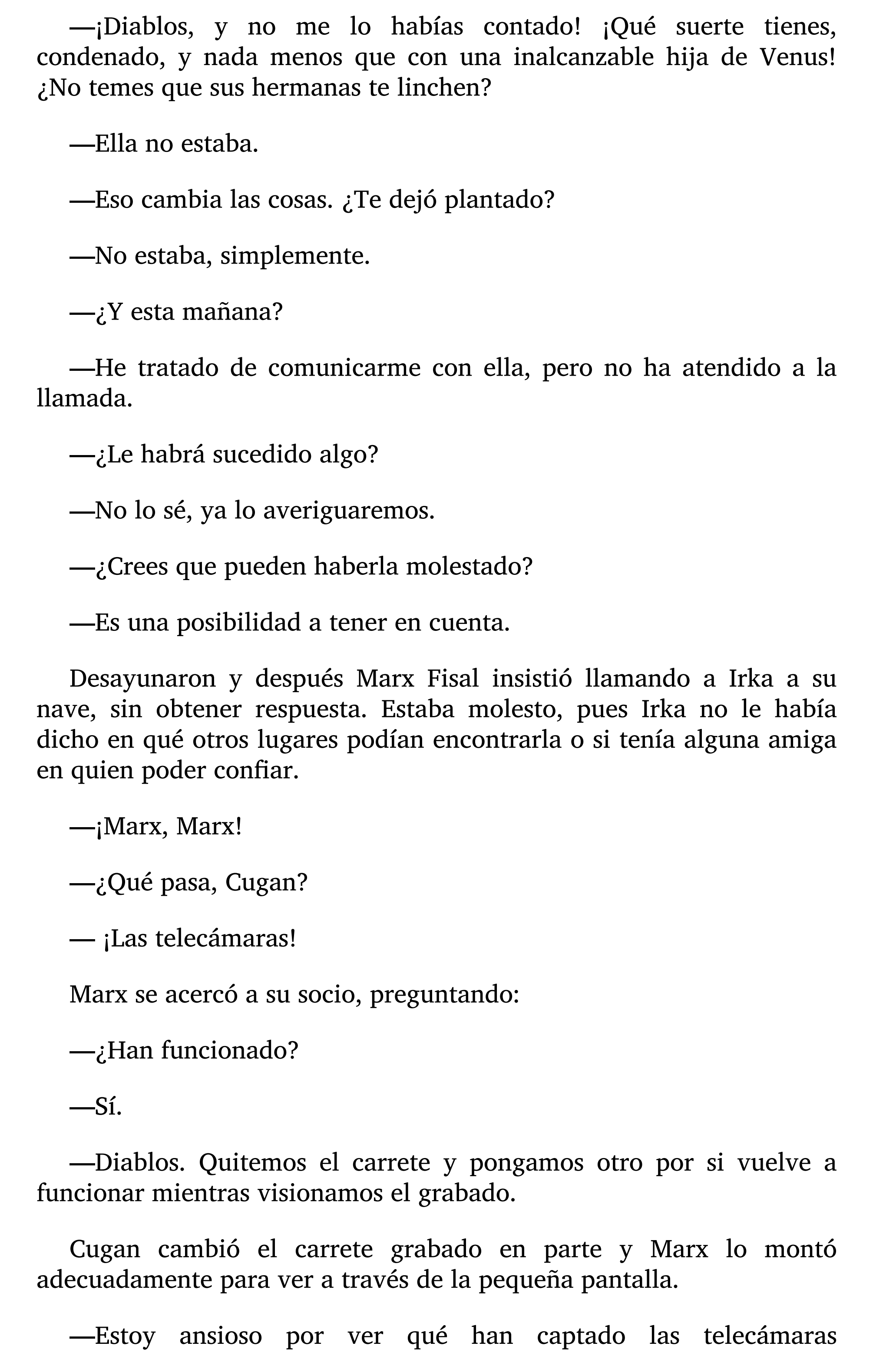
—Sí. Como es lógico, no Salían de laboratorios farmacéuticos, sino que la extraían directamente de la corteza del sauce, pero ya la tomaban.

—Bueno —suspiró— me tomaré el café, una aspirinay leeré a Platón. Por cierto, ¿te has puesto ya en contacto con Irka?

—No, todavía no, no responde.

—¿Has llamado?

—Estuve ayer noche en su nave.



—¡Diablos, y no me lo habías contado! ¡Qué suerte tienes, condenado, y nada menos que con una inalcanzable hija de Venus! ¿No temes que sus hermanas te linchen?

—Ella no estaba.

—Eso cambia las cosas. ¿Te dejó plantado?

—No estaba, simplemente.

—¿Y esta mañana?

—He tratado de comunicarme con ella, pero no ha atendido a la llamada.

—¿Le habrá sucedido algo?

—No lo sé, ya lo averiguaremos.

—¿Crees que pueden haberla molestado?

—Es una posibilidad a tener en cuenta.

Desayunaron y después Marx Fisal insistió llamando a Irka a su nave, sin obtener respuesta. Estaba molesto, pues Irka no le había dicho en qué otros lugares podían encontrarla o si tenía alguna amiga en quien poder confiar.

—¡Marx, Marx!

—¿Qué pasa, Cugan?

— ¡Las telecámaras!

Marx se acercó a su socio, preguntando:

—¿Han funcionado?

—Sí.

—Diablos. Quitemos el carrete y pongamos otro por si vuelve a funcionar mientras visionamos el grabado.

Cugan cambió el carrete grabado en parte y Marx lo montó adecuadamente para ver a través de la pequeña pantalla.

—Estoy ansioso por ver qué han captado las telecámaras

autónomas que instalamos ayer noche.

—Espero que no se hayan puesto en marcha estúpidamente —rezongó Cugan.

La cinta comenzó a pasar y en pantalla aparecieronlas rocas. Casi inmediatamente se vio un vehículo *hovercraft,* más grande que el de los terrícolas. Después, apareció un segundo vehículo. Los cristales antirrayos ultravioleta no dejaban ver el interior de los mismos. —Marx, Marx, son los seres de Karon. —Sí, eso parece. Y todavía dudaban de lo que contaba Irka...

—Nosotros la hemos creído.

—Sí, pero los delegados no y ellos eran los que podían imponer la ley como correspondía.

—Mira, se meten dentro de una de las grutas. —Sí, ya veo y es una pena, no veremos quiénes están dentro del vehículo.

—Parece que quieren protegerse de los rayos ultravioleta adentrándose en una de las grutas, lo mismo que hicimos nosotros con nuestro *hovercraft.*

—Exactamente, para no ser descubiertos si alguien pasaba cerca

—Sólo que nuestras cámaras chivatas nos dan la oportunidad de saber dónde están ahora.

—Llevaremos esta cinta a los delegados. —No hay tiempo, Cugan. —¿Para qué no hay tiempo?

—Para ir a buscar a los delegados que siempre se emperran en poner obstáculos burocráticos. Empiezo a intuir por qué Irka no responde cuando la llamo pese a mi insistencia.

—¿Ternes que la hayan secuestrado? —Si lográramos ver quiénes iban en los vehículos, sabríamos si Irka está en poder de los karonitas.

—Pero, no se ve. Mira, las telecámaras ya dejaron de grabar.

Cugan señalaba la pantalla que ya aparecía blanca, sin nada que ver.

— Tengo una corazonada, Cugan.

—Si es igual que la mía, será preferible ponernos en marcha.

—Hemos de preparar algunas armas. Ellos están bien pertrechados al parecer.

—No tenemos más que un láser rudimentario que nada podrá contra sus armas regulares.

—Está el amplificador de sonidos.

—Sí, no es mala cosa, podemos darles un susto.

—Pero, que no dañe a Irka si está con ellos.

—No, no la dañará. Se trata de asustarlos, aunque no estaría de más cortarles la retirada.

—¿Te refieres a destruir sus vehículos?

—Sí.

—¿Con ultrasonido?

—No, entrando en ellos y rompiendo algunas piezas vitales.

—¿Y si están cerrados?

—El láser, aunque sea rudimentario, servirá para abrirlos.

—Entonces, vamos, no perdamos tiempo. Podría ser que cuando llegáramos a ese lugar ellos ya se hubieran ido.

—Les interesa demasiado ese sitio para marcharseaprisa.

Se vistieron con los trajes antirrayos ultravioleta, yelmos incluidos.

Se disponían a abandonar la nave cuando Cugan retuvo a su compañero, preguntándole con gravedad:

—Un momento, Marx. Si hay problemas, ¿hasta dónde vamos a llegar?

—Hasta donde haga falta.

—¿Quiere eso decir que si hay enfrentamiento será a vida o muerte?

—Tú mismo, Cugan. Ya sabes lo que esos seres de Karon hicieron con la compañera de Irka. Si no quieres que a nosotros nos suceda lo

mismo, tendremos que luchar por nuestras vidas. No bastará con asustarlos, ellos ya han matado. Tratarán de hacerlo por segunda vez para escapar a la ley.

—Espero que esto no nos lleve al inicio de una guerra interplanetaria que sólo sería el caos para todos.

Partieron a bordo del *hovercraft,* alejándose del astródromo. Conocían bien la ruta, pero no se les escapaba que los seres de Karon podían haber montado unvigilancia para no ser descubiertos. Estaban actuando *tú* margen de la ley estipulada en los pactos tripartitos.

Marx conducía el *hovercraft* al máximo de su velocidad. Sorteaba los obstáculos rocosos y orillaban las grandes hoyas para no perder tiempo. Al fin, descubrieron los peñascos que pertenecían a la parcela adjudicada a Irka y en los cuales se abrían las grutas.

—Nos detendremos detrás de esas rocas.

—Sí, será lo mejor —aceptó Cugan—. Si nos acercamos más, pueden descubrirnos.

Detuvieron el *hovercraft* y quedaron unos instantes quietos, expectantes.

—Yo llevaré el pequeño láser.

—De acuerdo, Marx. Yo llevaré el amplificador; si llega el caso, verás que funciona bien como cuando la rata gigante.

—Debemos tener cuidado en todo momento por si Irka está en manos de esos sujetos.

—Con las armas que poseemos, poco daño podremos hacerles.

—Tenemos la sorpresa de nuestra parte —objetó Marx.

—Y la superioridad numérica y las armas están de parte de ellos.

—Que no se diga, Cugan. Anda, vamos.

Siempre ocultándose entre las rocas, consiguieron llegar hasta la entrada de la gruta por la que se introdujeron los vehículos de Karon.

—Si entramos por ahí, nos descubrirán.

—¿Qué te parece si entramos por aquella galería más pequeña,

Marx? Desde el interior podemos retroceder, ya sabes que se intercomunican.

Se internaron por la gruta pequeña sin encender las luces de su yelmos y avanzaron hasta encontrar una galería que por su situación podía llevarles adonde se hallaban estacionados los dos vehículos captados por las telecámaras autónomas.

—No parece que haya nadie —cuchicheó Cugan.

—Quédate aquí. Con uno que se acerque será suficiente.

—Date prisa, pueden regresar cuando menos lo esperes.

Marx Fisal se aproximó lentamente, procurando no ser descubierto. Tenía la seguridad de que vigilando los dos vehículos había uno de los seres de Karon, pero aún no lo había visto con sus propios ojos y en cualquier instante podía aparecérsele de frente y lo que era peor, armado.

Llegó hasta el primer vehículo que reposaba sobre el suelo. De súbito, descubrió al vigilante.

Se alzó y el karonita le vio a su vez. Trató de meterse en el vehículo, pero Marx se lo impidió cogiéndole por un brazo y jalando de él hacia fuera.

—¡Maldito terrícola! —rugió el ser de Karon.

Marx apartó la cabeza esquivando el puñetazo de su enemigo que pudo alcanzarle en el cristal del casco. Marx replicó con un puñetazo al plexo solar que hizo tambalear a su adversario.

Intercambiaron golpes y el karonita trató de coger un brazo de Marx con sus feroces mandíbulas, armadas con los grandes y puntiagudos colmillos. Marx sabía que una dentellada de aquel calibre podía partirle el brazo y la esquivó, aunque no pudo evitarla totalmente y parte de la manga de su traje quedó rasgada.

Marx consiguió golpearle por debajo de la mandíbula y después le asestó otro puñetazo en la sien, puesto que el ser Karon se había quitado el yelmo dentro de la gruta.

Desde su distancia, digan le vio caer al suelo.

—¿Estás bien, Marx?



—Si, pero no grites.

Cugan se le acercó y vio al karonita inconsciente sobre el suelo.

—¿Qué haremos? —preguntó.

—¿Te refieres a este tipo?

—Sí, no irás a asesinarlo a sangre fría, ¿eh?

—No. Lo ataremos y los dejaremos aquí dentro. Antes, destruiremos los vehículos para que no sirvan ni para comunicarse con los que deben estar en el interior de las grutas.

Con lo que encontraron dentro de los vehículos, ataron y amordazaron al ser de Karon. Luego, se dedicaron a destruir metódicamente los aparatos para que ya no pudieran ser utilizados si trataban de huir al sentirse descubiertos.

—¿Y ahora qué, Marx?

—Ahora, hay que internarse en las grutas hasta encontrarlos.

—¿Hasta el núcleo de las estrella enana con la tapa de diamante?

—Seguramente allí estarán.

CAPITULOXII

Irka era llevada prácticamente en volandas. Había momentos en que no tocaba el suelo, atrapada por las manos fuertes de dos seres de Karon.

Gorgi avanzaba delante, iluminando las galerías. Caminaba aprisa, sin vacilaciones. Parecía saber muy bien lo que quería y la muchacha intuía que la llevaban a la. gran sala del diamante que ocultaba aquel núcleo de energía viva y sólida en espera de que alguien la extrajera, la dominara, una energía que haría la vida más fácil a quienes pudieran emplearla; sin embargo, mal utilizada, sólo empleada para armamento militar, para impulsar naves bélicas, sería terrorífica y quizá el fin para las civilizaciones consideradas enemigas.

Al fin, sus ojos se llenaron con la luz de aquella energía que semejaba brotar del subsuelo.

Gorgi se detuvo y por primera vez se volvió hacia

Irka.

—¿Conoces este lugar?

—¡No conseguirá nada de mí!

—Eso no es responder a mi pregunta.

—¡No haré nada, no diré nada!

—Terminarás hablando y harás lo que yo quiera, a menos que desees morir.

—¡Moriré si es preciso!

—Sigues muy valiente, pero todo tiene un límite y tú tienes miedo, mucho miedo de estar aquí.

—¡No tengo miedo!

—Mientes.

—Diga lo que quiera, no logrará sus propósitos.

—Mis propósitos son sencillos y elementales: Quiero esta parcela, quiero la energía que está incrustada aquí y que yo sacaré gramo a

gramo porque es sólida y controlable. Es un tipo de energía jamás conseguida hasta ahora, es el núcleo de una estrella enana.

Irka no quiso hablar de todo aquello y furiosa le espetó :

—¡Sus crímenes no le harán poderoso, no conseguirá enriquecerse con esta energía ni con el diamante que le sirve de cubierta!

—De modo que lo sabías...

—¡Sí! —estalló iracunda.

—Bien, bien, ¿y los terrícolas?

—¡No sé nada, nada!

—¿Nada? ¿Estuvieron ellos aquí?

—¡No diré nada!

—Sí, supongo que los terrícolas también llegaron hasta aquí, pero será inútil que traten de regresar. Cuando lo hagan, los exterminaremos.

—¿Como a mi compañera?

—Sí —confesó Gorgi por primera vez.

—¡Con los terrícolas no podréis!

—Eres muy ingenua, Irka. Los terrícolas también son vulnerables y además, no tienen armas.

—¡Y usted sí!

—Naturalmente, ahora ya lo sabes.

—¿Vinieron ya armados al planetoide pese a la prohibición?

—Había que camuflar las armas, pero sí, claro que sí. No íbamos a ser tan tontos como para venir desarmados.

—¿Ya venían dispuestos a matar y a robar?

—Somos combativos, también los terrícolas lo son. Sólo el tener posibilidades de derrota hace llegar a acuerdos y ahora, basta ya. Tienes la oportunidad de llenar el tarjetón con tus huellas digitales y

tu voz.

—No conseguirá mi renuncia, ya se lo he dicho, antes prefiero que me mate.

—Hay muchas formas de suicidarse, todas desagradables, pero unas más que otras. —Se volvió hacia uno de sus secuaces, que allí eran cinco, y ordenó—: Atadle los pies.

Irka quiso soltarse, mas le fue imposible. Uno de los karonitas sacó un rollo grande de cinta adhesiva y comenzó a vendarle los pies uno contra otro. Juntó sus tobillos y la vendó hasta las rodillas, de forma que no podía separar los pies.

—Las manos bien sujetas a la espalda —ordenó Gorgi de nuevo.

Juntaron sus manos, sus muñecas, sus antebrazos y hasta los codos, todo a la espalda. La resistencia de la tela adhesiva era grande y resultaba muy efectiva.

—¿Qué conseguirá con esto? —preguntó Irka.

—Soltadla ya.

Los secuaces obedecieron la orden de Gorgi y soltaron a la joven, que estuvo a punto de caer, pues le costaba mantener el equilibrio.

—¡Mátenme ya de una vez! —gritó.

—No, nosotros no lo haremos —puntualizó Gorgi.

—Entonces, ¿quién?

Gorgi abrió sus mandíbulas para sonreír, si es que aquello era sonreír.

—La rata.

Irka volvió a tambalearse, a punto estuvo de caer. Sintió que sus piernas, apretadas una contra otra por la cinta adhesiva, flaqueaba.

—¿La rata? —balbució.

—Sí. Hemos visto una rata gigante, quizá no haya una sola, puede ser que yo confunda unas con otras y todas me parezcan iguales.

—¡Ustedes son tan repugnantes como las ratas!

—Podría golpearte ahora cuanto se me antojara, mas no es eso lo que busco. Quiero que permanezcas bien entera, sin golpes, hasta que la rata se te acerque con sus incisivos y comience a devorarte, así sentirás bien todo el terror de esa muerte: Devorada viva por una rata.

—¡Mátenme ya, acaben de una vez conmigo!

—Los electrodos que te pusimos en la cabeza sirvieron para averiguar cuál era tu miedo, Irka. Parecías muy dispuesta a soportar torturas, pero cuando te hablé de ratas no pudiste controlar tu miedo interno y ese miedo quedó reflejado en la gráfica. Es un buen sistema para conocer los puntos débiles.

—Aunque tenga miedo a ese repugnante animal, no me hará renunciar.

—¿De qué te servirá no renunciar si mueres?

—Servirá para no dejarle a usted que se salga con la suya, Gorgi.

—Estúpida testarudez la tuya. Vas a obligarme a dejarte morir en la boca de una rata.

—Gorgi, se oyen los chillidos —advirtió uno de los secuaces.

—Es cierto. ¿Los oyes, Irka?

La hija de Venus se estremeció, aquellos chillidos le producían verdadero pánico.

—Mi muerte no le servirá de nada.

—De todos modos, si cambias de opinión, grita, grita mi nombre y te salvaré de ese repugnante roedor que extrañamente ha sobrevivido en el suelo de este planetoide. No sabemos de qué se alimenta, lo que sí sabemos es de qué se va a alimentar hoy.

Irka miró hacia una de las galerías y pudo ver ya la cabeza del roedor gigante. Gorgi y sus secuaces se alejaron hacia la boca por la cual habían accedido a la sala en que se hallaba la bella hija de Venus.

—¡Asesinos! —les gritó Irka.

—Llámame y te salvaré. Si mueres, entregaremos tus restos a los delegados y también el cuerpo de la rata asesina.

Irka trató de alejarse hacia otra galería dando saltitos. Cayó al

suelo mientras la bestia, curiosa, abandonaba la galería para adentrarse enla sala iluminada, una luz que el repugnante roedor no podía ver.

El miedo se había metido en los huesos de la muchacha. La rata, guiada por su olfato, se le acercaba. A aquel animal no parecían hacerle falta los ojos para localizar a su víctima.

Irka se arrastró por el suelo como pudo, encogiéndose y estirándose, ya queno podía emplear los brazos y hasta las propias rodillas, que recordaban la cola de una mítica sirena.

La rata avanzaba sin retroceder y ya estaba a apenas dos pasos de la mujer. Movía la cabeza de un lado a otro, fruncía la nariz y olfateaba en todas direcciones.

Irka, comprendiendo que de un instante a otro la tendría encima, trató de asustarla y no poseía otra arma que su voz. La utilizó gritando con toda la fuerza que le permitieron su garganta y sus pulmones.

La rata, ante aquel alarido, se detuvo, quedó tensa pero no retrocedió.

No le debió parecer suficiente enemigo quien había lanzado aquel grito tan cerca de ella.

La hija de Venus, comprendiendo que su única arma, la voz, le había fallado, intentó arrastrarse alejándose del hocico provisto de incisivos como largos cuchillos que, si nadie lo remediaba, se hundirían en sus carnes de un momento a otro para comenzar a devorarla, a rasgar su cuerpo, a quebrar sus huesos, a arrancar las vísceras de su tronco.

La rata llegó junto a la muchacha y la olfateó mientras ella se quedaba sin respiración por unos instantes.

—¡Auxilio! —gritó despavorida, sin poderse contener más, nublada ya su mente por el pavor.

Hizo enfurecer al roedor que profirió un chillido feroz y alzando el hocico, levantó una pata y la puso sobre el cuerpo femenino en actitud posesiva.

De pronto, se escuchó un grito terrible, un grito que semejó llenarlo todo como algo tangible, algo sólido, algo tan cargado de fuerza que hasta cayeron piedras de las paredes y techos de las galerías. Semejó

que todo iba a desplomarse, que las cuevas iban a hundirse como bajo la acción de un seísmo.

La rata, sorprendida por el terrible rugido, tan superior a lo que ella podía calibrar, brincó por encimade Irka.

Corrió enloquecida de un lado a otro de la gran nave, dando saltos espeluznantes, sin hallar la galería por la que había salido, chillando en torno al gran diamanteluminoso que ocupaba el núcleo energético de la estrella enana que transformó un planeta vivo en un planetoide muerto, a excepción de la maldita rata que había sobrevivido a todos los cataclismos.

Al fin, la rata consiguió meterse por uno de los túneles y desapareció corriendo. Irka exhaló el aire contenido en sus pulmones y luego, rompió en un sollozo. El pavor sufrido la obligaba a estallar en un violento llanto.

Gorgi y sus secuaces irrumpieron en la gran sala, sorprendidos también por aquel grito feroz que había hecho temblar techos y paredes.

—¿Qué ha sido eso? —rugió Gorgi, malhumorado.

Todos escrutaron a su alrededor.

—¡Gorgi, tirad las armas al suelo! —conminó una voz que sonó oscura y muy potente, una voz que podía oírse en todas las galerías y que resultaba difícil averiguar de qué túnel concreto brotaba.

—¿Quién eres, dónde estás? —inquirió Gorgi desafiante.

—¡Marx, Marx! —interpeló Irka, ansiosa por ser salvada.

—El terrícola —rugió Gorgi.

Gorgi trató de hacerse con Irka y se dispuso a agarrarla cuando Marx Fisal apareció como una exhalación. Saltó como un leopardo, con la velocidad de un meteorito, y cruzó la distancia que le separaba de Gorgi.

Cayó descargando sus pies contra Gorgi que cayó al suelo sin que llegara a coger a Irka.

Los karonitas quisieron intervenir con sus armas, pero Marx Fisal, que había contado con ello, se enzarzó en una pelea cuerpo a cuerpo

con Gorgi, fornido y de mandíbulas bien armadas. De este modo no le dispararían por temor de matar a su jefe.

Cugan, cargado con su aparato amplificador, apareció en la sala. Puso el focal del amplificador hacia los seres de Karon y disparó un bombardeo de ultrasonidos.

Sorprendidos, los karonitas se tambalearon. Abrieron sus bocas, se taparon los oídos, sintieron el terrible dolor dentro de sus cuerpos y rodaron por el suelo. Cugancontinuóaplicándoleslatorturadelultrasonidoque parecía golpearles como martillos neumáticos.

Mientras, Gorgi y Marx, enzarzados en una feroz pelea a muerte, cambiaban golpes.

Gorgi desgarró con sus colmillos la guerrera de Marx; semejaba que aquel ser de Karon estaba más preparado para una lucha cuerpo a cuerpo, era como más primitivo.

Por su parte, Cugan dejó de enviar ultrasonidos dando por vencidos a los seres de Karon que no estaban muertos sino aturdidos. Mas, uno de ellos logró rehacerse y cogiendo su fusil láser, disparó contra Marx cuando éste había quedado desplazado por Gorgi.

—¡Marx, cuidado! —gritó Irka, siempre en el suelo.

Marx se arrojó contra el suelo y el láser fue disparado. El dardo luminoso le pasó por encima y fue hacia el diamante. Rebotó contra él, cambió de dirección y alcanzó de lleno a Gorgi que se inflamó en medio de un alarido de dolor.

Para entrar en acción de una forma rápida, Cugan lanzó el amplificador a la cabeza del karonita que había tomado el láser y que cayó derribado. Marx se abalanzó contra él y lo desarmó mientras Gorgi dejaba de parecer una bola de fuego y se convertía en cenizas.

—Eh, Cugan, toma esto —le pidió Marx, dándole un láser para que controlara a los seres de Karon derribados.

—Sí, déjalos para mí.

Marx se acercó a Irka cogiéndola entre sus brazos.

—Irka, Irka, ¿estás bien?

—Oh, Marx, si eres tú el que parece herido.

La abrazó primero, la besó después y finalmente comenzó a liberarla de aquella cinta adhesiva que la mantuviera sujeta y a merced de la rata gigante.

EPILOGO

El delegado de los seres de Karon pidió excusas por lo sucedido y declaró no tener nada que ver con Gorgi y sus turbios manejos que eran de índole privada.

Marx Fisal, que no deseaba provocar ningún pleito interplanetario, aceptó las excusas después de entregar a los cinco karonitas capturados. El delegado terrícola le felicitó por su acción y cuando se dirigió a la nave de Irka, ya estaba plenamente legalizada la situación de Cugan y él como socios de Irka.

Subió a la plataforma elevadora y al llegar arriba, llamó al pulsador. La puerta se abrió de inmediato, Irka le estaba esperando.

—¿Qué ha sido de la delegada de las hijas de Venus?

Irka respondió mientras la puerta se cerraba, aislándolos del resto de la colonia.

—Ha sido relevada de su cargo. No creo que vuelvan a confiar más en ella.

—Ella lo buscó, ¿no crees?

—Desde luego. Cuando le pedí ayuda no supo prestármela y estaba aquí para apoyar a todas las hijas de Venus.

—¿Y ahora qué?

—Pues, me han propuesto para el cargo de delegada en la colonia.

—¿Delegada de las hijas de Venus? —repitió sorprendido.

—Sí.

Marx, acercándosele más y observando que su cabe-lio suelto y los labios entreabiertos y húmedos sentaban muy bien a su bello rostro, preguntó:

— ¿Has aceptado?

—No.

—¿Por qué?

La cogió por los brazos, casi a la altura de los hombros.

—He pedido dejar de ser una hija de Venus para pasar a ser terrícola.

—¿Y ha sido aceptada tu solicitud?

—No.

—Diablos… ¿Y por qué?

—Me han dicho que sólo lo conseguiré si un terrícola se hace cargo de mí y me escoge como pareja. He de renunciar a todos mis derechos como hija de Venus.

—¿Estás segura de que quieres compartir el amor con un hombre, con un varón al que te han enseñado a rechazar?

—Yo no soy un témpano, Marx. ¿Tú qué te crees?

—Dentro de una hora te lo digo…

La besó en los labios, profunda y sabiamente, mientras oprimía el cuerpo venusino contra el suyo, más y más.

F I N